

7

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Antes

10 (1045a-24)



Ubicación: 9 (305 - 37) /

Año: 1844 C: 2

SYS: 55270

BIBLIOTECA NACIONAL



1124439

9 (305-37)

000055270

VIDA
DE JESUCRISTO.

CON UNA DESCRIPCION SUSCINTA
DE LA PALESTINA.

TRADUCIDA

POR

D. D. F. Sarmiento.

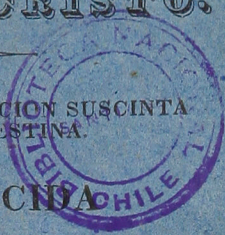
ADOPTADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE PARA
EL USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS.

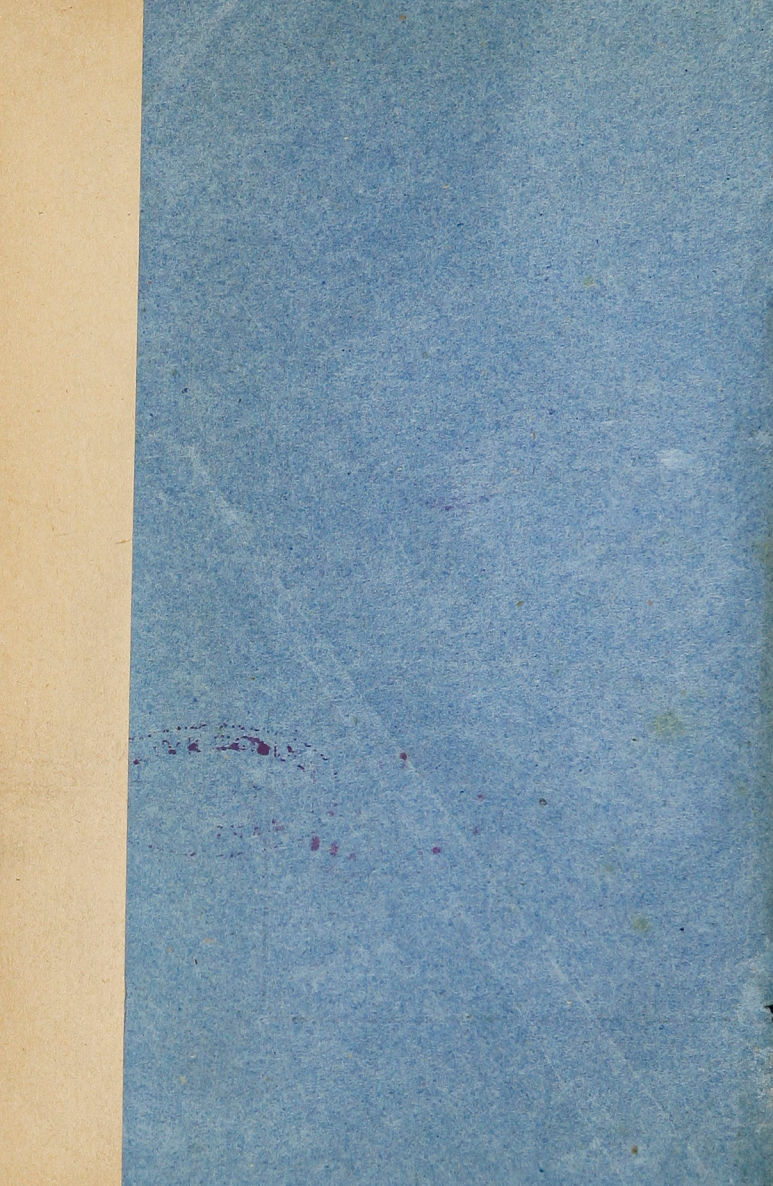


SANTIAGO:

IMPRENTA DEL PROGRESO.

1844.





VIDA
DE JESUCRISTO.

3405

CON UNA DESCRIPCION SUSCINTA DE LA
PALESTINA.

TRADUCIDA



D. D. Sarmiento.

ADOPTADA POR LA UNIVERSIDAD DE CHILE
PARA EL USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS.



SANTIAGO:



IMPRENTA DEL PROGRESO.

—1844—

1017

DEPARTMENT OF THE INTERIOR

Geological Survey

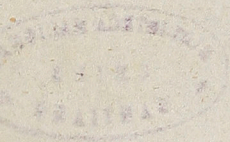
UNITED STATES GEOLOGICAL SURVEY

WASHINGTON

PLATE 1017



REPORT OF THE SURVEY FOR THE YEAR 1881



WASHINGTON

1882

LA PALESTINA

La Tierra Santa.

Antes de leer la vida de Jesucristo, es necesario conocer el país donde nació i murió para redencion del jénero umano. Este país está situado en Asia a orillas del mar Mediterráneo, i es una estrecha estension de tierra cubierta de montañas estériles i áridas, divididas por valles pedregosos en unas partes i mui fértiles i productivos en otras; el clima es abrasador en el verano, i el invierno apenas se ace sentir.

El nombre de *Palestina* le viene de los filisteos que ocupaban una parte de él. También fué llamado *Pais de Canaan*, del nombre de Canaan, ijo de Cam; *Judea*, por la mas considerable de las tribus de Isrrael, de donde a venido el nombre de judios que damos a sus abitantes; *Tierra Prometida*, porque

Dios abía prometido a los patriarcas darla a su posteridad; i *Tierra Santa*, porque Jesu-
 cristo, el fundador de nuestra relijion, vivió
 en ella e izo allí sus milagros. Oi dia casi no
 conserva nombre particular, comprendiéndose
 bajo el nombre de *Siria*, comun a lo que
 antes fué la Fenicia, i al pais adyacente; todo
 lo cual forma una provincia sometida a los
 turcos.

La Tierra Santa tenia pues una estension
 que no pasaba de mil doscientas leguas cua-
 dradas, i cuya poblacion, aun en los tiempos
 mas florecientes, ascendia, cuando mas, a cin-
 co millones de abitantes. Riégala el *Jordan*,
 que es un rio de poca consideracion, cuyas
 turbias aguas, despues de aber atravesado el
 lago de *Genesareth* o *Tiberiade*, llamado
 tambien mar de *Galilea*, se echa en el lago
Asphattites, llamado en la Escritura *Mar*
Muerto, porque sus aguas espesas i bituminosas
 permanecen siempre inmóviles, i porque el
 lugar que agora ocupa este mar inaldecido, fué
 en otro tiempo el sitio en que estaban las ciu-
 dades de *Sodoma*, *Gomorra*, *Adama*, *Seboim*
 i *Segor*, sobre las cuales izo llover Dios fue-
 go del cielo para castigarlas por sus vicios i
 su depravacion. Las cadenas de montañas
 principales son: el *Líbano* i el *Anti-Líbano*,
 célebres por sus cedros, que dieron madera pa-
 ra la construccion del famoso templo de Salo-

mon, i que aun en el dia son de un tamaño gigantesco: el *Monte Carmelo*, cubierto de viñas i de olivos, de donde viene la advocacion de *Nuestra Señora del Cármen*, porque se cree que la Santísima Vírjen, madre de Jesucristo, fué representada por una nubecilla que desde su cumbre vió salir el profeta Elías, i de la cual provino una lluvia que izo cesar una sequedad espantosa que abia aflijido al pais durante tres años: i el *Monte Tabor*, montaña mui alta sobre la cual tuvo lugar la transfiguracion del Señor. La Palestina era en tiempo de Jesucristo un pais mui bien cultivado, i fértil en trigo, vino, aceite, miel, bálsamo i frutas, i alimentaba numerosos rebaños.

Antes de la entrada de los Israelitas, la Palestina estaba ocupada por los Filisteos, los Cananeos, los Amorreos, los Jebuseos i algunos otros pueblos. Josué, despues de haberlos vencido, distribuyó el territorio entre las doce tribus de Ruben, Simeon, Judá, Isacar, Zabulon, Dan, Nephthalí, Gad, Aser, Benjamin, Manasés i Ephraim. La tribu de Leví, consagrada al servicio de Jehovah (Dios), no tuvo parte en la distribucion de la tierra; conservándose mezclada con todas las otras tribus, i manteniéndose de los diezmos i de las ofrendas echas a Dios.

Despues de la muerte de Salomon, la Palestina, que asta esa época no abia formado mas

que un solo reino, fué dividida en dos: el de *Judá*, que comprendia las tribus de Judá i Benjamin, con *Jerusalen* por capital, i el de *Isrrael*, compuesto de las otras diez tribus, cuya capital fué *Samaria*. Los Samaritanos eran mirados por los judios, como erejes i apóstatas de su relijion. El reino de Isrrael fué destruido por Salmanasar, rei de Asiria, i el de Judá por Nabucodonosor, rei de Babilonia, que redujo a cenizas el magnífico templo de Salomon. Casi todos los habitantes de estos paises fueron llevados cautivos a los Estados de aquellos reyes, donde permanecieron discriminados durante setenta años. Ciro, rei de Persia, despues de aber destruido el reino de Babilonia 556 años ántes de Jesucristo, permitió a los judios que regresasen a su patria i reedificasen el templo de Jerusalen.

Mucho tiempo despues fué conquistado aquel pais por los Romanos, que tenian tropas allí mandadas por sus gobernadores, uno de los cuales fué Poncio Pilato.

Los Romanos en tiempo de Jesucristo tenian dividida la Palestina en cuatro partes.

1.ª La *Galilea* al norte, cuyas principales ciudades eran *Nazareth*, oi llamada *Nazara*, no léjos del monte Tabor, i morada de los padres de Jesucristo: *Caná*, donde izo su primer milagro: *Naim*, en donde resucitó al ijo de la viuda: *Capharnaum* i *Bethsaida*,

a orillas del lago de Genesareth: *Tiberiade*, (oi la miserable aldea de *Tabaria*), fundada por Eródes Antipas en onór del emperador Tiberio, qe gobernaba el imperio romano en tiempo de Jesucristo: i *Jotapata*, plaza fuerte defendida obstinadamente contra Vespasiano, qe al fin se apoderó de ella.

2.ª La *Samaria* en medio del pais. Los samaritanos eran odiados por los judios por sus enlaces con las familias paganas. Ciudades principales: *Cesarea* de Palestina, edificada por Eródes el Grande, qe la llamó así en onór del emperador César Augusto, i residencia de los gobernadores romanos. *Samaria*, antigua capital del reino de Isrrael, reedificada por el mismo Eródes, qe la llamó *Sebaste*, qe en griego significa *Augusta*, situada cerca del monte Garizim, en cuya cumbre edificaron los samaritanos un templo. *Sichem*, qe despues de la destruccion de Samaria por Salmanasar, fué capital de Isrrael; llamada despues *Neápolis*, oi *Naplusa*, donde se encuentran todavía algunas familias de la secta de los samaritanos: *Jezrrael*, célebre por la viña de Naboth.

3.ª La *Judea* al sur. *Jerusalen*, capital de toda la Palestina, se llamó primero *Salem*, despues *Jebus*, i en seguida *Sion*, a causa de la montaña de este nombre comprendida en su recinto, sobre la cual se encontraban la mayor

parte de los edificios públicos, el palacio de los reyes i el soberbio templo que Salomon izo construir en el monte *Moria*, que era una de las colinas de Sion. Jerusalem era una de las mas hermosas ciudades del Oriente; rodeábala un triple cordon de murallas altas i gruesas, flanqueado por 164 torres. Encerraba una poblacion de muchos cientos de miles de abitantes, la cual subia, (sobre todo, en los dias de la fiesta de pascua), a mas de un millon. Tito, jeneral romano, ijo del emperador Vespasiano, destruyó esta ciudad asta sus cimientos, setenta años despues de la muerte de Jesucristo, que abia vaticinado este suceso, diciendo que no quedaría piedra sobre piedra en su templo i murallas. Adriano, otro emperador romano, mandó edificar sobre sus ruinas una nueva ciudad, que llamó *Elia Capitolina*; mas con el tiempo prevaleció su antiguo nombre de Jerusalem.

El aspecto actual de esta ciudad es mui deplorable. En otro tiempo era visitada por millares de peregrinos, que concurrían de toda la cristiandad a visitar los *santos lugares*; esto es, los sitios en que Jesucristo padeció i murió por los ombres. Las siete estaciones que se acen en la cuaresma en todas las iglesias, son un recuerdo de la visitacion de aquellos sitios. Ubo tambien un tiempo en que los pueblos cristianos mandaban poderosos

ejércitos a rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles. Estas expediciones se llamaban *cruzadas*, porque todos los soldados llevaban una cruz en el vestido: despues de inútiles tentativas i de aber perecido millones de ombres, las *cruzadas* cesaron sin aberse logrado conservar la posesion de la Palestina.

La ciudad está abitada oi dia por familias judias, armenias, árabes i turcas, cuyo número total de individuos no alcanza a veinte mil: las calles son estrechas i solitarias; las casas miserables i ruinosas; i en toda ella se descubre la miseria, la ignorancia i la barbarie de sus abitantes. Ai una suntuosa iglesia llamada del *Santo Sepulcro*, construida sobre el lugar donde Jesucristo fué crucificado; tres conventos pertenecientes a religiosos católicos, armenios i griegos, i una ermosa mezquita (templo maometano) edificada en el mismo lugar que ocupó en otro tiempo el templo de Salomon. Ningun cristiano puede entrar en su recinto.

Los lugares principales cerca de Jerusalem son los siguientes: *Golgotha*, palabra ebrea que significa *Calvario*, esto es, lugar de calaveras: era el lugar donde se crucificaba a los criminales. *Gethsemaní*, al pie del *Monte de los Olivos* i al otro lado del *torrente Cedron*, era una quinta separada de la ciudad, a donde vinieron los judios, guiados

por Júdas, a prender a Jesucristo. *Bethphage* i *Bethania*, pequeñas poblaciones a la falda del monte de los Olivos, no existen ya. *Bethleem* o *Belen*, a dos leguas de Jerusalem, célebre por aver nacido allí Jesucristo, tiene un templo medio destruido, en cuyos altares arden constantemente lámparas de plata. *Jericó*, que Moises llamó la *ciudad de las Palmas*, a dos leguas del Jordan, a sido reemplazada por la miserable aldea llamada *Rihha*; no se encuentran oi en sus inmediaciones la famosa rosa llamada *de Jericó*, ni las plantaciones de aquel bálsamo célebre que aora se llama de la Meca. *Jassa*, que corresponde a la antigua *Joppe*, es actualmente el único puerto de la Judea en el Mediterráneo. *Ascalon* i *Gaza* eran ciudades principales del antiguo pais de los filisteos. *Ebron*, cerca del valle de *Mambré*, fué al principio la residencia de David.

4.ª La *Perea*, al este del Jordan, comprendia la *Trachonitis*, la *Iturea*, el pais de los *Ammonitas*, el de los *Moabitas*, i la *Idumea*, donde moraban tambien los antiguos *Amalecitas*. Estas rejiones se estendian en parte sobre la Arabia, pais vecino a la Palestina, que fué despues agregado a este gobierno romano. Pocas ciudades notables se encontraban en este pais, oi por lo jeneral casi desierto. *Gadara*, capital de la *Perea*. *Bethara*, sobre el Jordan, en donde bautizaba San Juan.

La historia i la jeografia de la Palestina son muy interesantes para todos los cristianos, por quanto los sucesos ocurridos en ella, como así mismo sus lugares notables, tienen una íntima relacion con nuestra creencia religiosa i sirven para comprender la narracion de los Evangelios. Para la intelijencia de la *Vida de Jesucristo*, basta añadir las nociones históricas que siguen—

A su regreso de la cautividad de Babilonia, la nacion continuó por doscientos años bajo la proteccion de los reyes de Persia. Zorobabel, el primero de sus gobernadores, reedificó el templo de Salomon, a que quisieron ser admitidos los samaritanos, que derivados de los isrraelitas i de de los idólatras cuteos, se conformaban en parte con los dogmas i ritos judaicos i adoraban al verdadero Dios. Pero como resistiesen a esta pretension los judíos, los samaritanos erijieron un templo particular sobre el monte Garizim.

Conquistado el Oriente por Alejandro rei de Macedonia, reconoció la Palestina su imperio i el de sus sucesores, los Seléucidas de Siria i los Ptolomeos de Egipto. La conquista macedonia estendió el uso de la lengua griega en la Palestina.

Antíoco Epíphanes, rei de Siria, saqueó a Jerusalem, profanó el templo, destruyó cuarenta mil de los habitantes i erigió un templo

a Júpiter. La introduccion de la idolatría excitó el zelo de los Macabeos, que despues de una reñida guerra, sacudieron el yugo de los reyes de Siria. Juan Hyrcano, ijo de Simon Macabeo, subyugó a los Idumeos, los convirtió a la relijion judaica, destruyó el templo de Garizim i la ciudad de Samaria.

Sometióse luego la Palestina a las armas romanas. Julio César dió el gobierno de Galilea al idumeo Eródes, que casándose con Mariamne, princesa de la familia de los Macabeos, se apoderó del reino de Judea. Eródes, infame por su tiranía i sus echos atroces, murió dos años despues del nacimiento de Jesucristo, que sucedió probablemente cuatro años ántes de la era vulgar cristiana; el año primero de esta era corresponde, segun se cree, al cuarto o quinto de la vida del Salvador.

Este Eródes, llamado el Grande, aunque no lo fue sino por sus crímenes, tuvo varios ijos, entre los cuales dividió sus Estados. A Archelao dejó el reino de Judea; a Eródes Antipas la tetrarqía de Galilea, i a Philippo la de Iturea i Trachonítis.

Archelao reinó diez años; fué depuesto por el emperador Augusto a causa de su tiranía i rapacidad; i la Judea fué rejida desde entónces por un majistrado romano, dependiente del gobernador de Siria. Eródes

Antipas permaneció en la tetrarqúa de Galilea asta el tiempo de la predicacion i pasion de Jesucristo. Izo degollar al Bautista, i es el mismo a quien fué enviado Jesucristo por el gobernador Poncio Pilato. Los romanos le depusieron i desterraron.

Eródes el Grande tuvo otro ijo llamado Aristobúlo, padre de Eródes Agripa, qe mandó en la Trachonítis, i a cuyos dominios añadió el emperador Claudio el reino de Judea. Este fué el qe izo morir al apóstol Santiago.

Muerto Eródes Agripa, fué administrada otra vez la Judea por gobernadores romanos, i su ijo Agripa segundo le sucedió en la Trachonítis. El apóstol San Pablo, acusado de innovador i sedicioso por los sacerdotes judíos, defendió su causa ante este rei Agripa, su ermana Berenice i el gobernador romano Festo, como se refiere en el capítulo 25 de los *Echos de los Apóstoles*.

Resta solo añadir qe en los tiempos de la venida del Salvador estaban los judíos divididos en opiniones morales i relijiosas, qe formaban cuatro partidos distintos, de los cuales los dos más numerosos i notables eran los saduceos i los fariseos. Estos últimos aborrecían de muerte a Jesucristo, i procuraban perderle calumniándole i acusándole ante los jueces, qe al fin le icieron morir crucificado.

VIDA DE JESUCRISTO.

1. ZACARÍAS E ISABEL.

En una pequeña ciudad situada en el seno de las montañas de Judea, vivía bajo el reinado de Eródes, un santo sacerdote, llamado Zacarías, cuya mujer llevaba el nombre de Elizabeth o Isabel. Ambos, aunque moraban en medio de un pueblo corrompido, acian una vida pura i agradable a Dios.

No tenían hijos; lo que era para ellos un motivo de continuo sentimiento: cada día suplicaban a Dios les diese uno, sin que lograsen ver satisfechos sus deseos, no obstante que ambos estaban ya mui avanzados en edad; por lo que, uniendo sus votos a los de todas las almas piadosas de aquellos tiempos, no tenían mas esperanza sobre la tierra, que la de ver nacer el Rei Divino prometido a los Israelitas.

Zacarías fué llamado a su turno a desempeñar sus funciones en el templo; para cuyo fin tuvo que ir a Jerusalem. En aquella época los sacerdotes echaban a la suerte la distribución de sus funciones, i Zacarías fué designado para entrar en el santuario a quemar los perfumes. Cubierto de las vestiduras ponti-

ficales i teniendo en sus manos el incensario de oro, pasó detras de la cortina que ocultaba el santuario a la vista de todos i se aproximó al altar. Ya las nubes de incienso se elevaban al cielo, i el pueblo estaba afuera aciendo oracion, cuando repentinamente Zacarías vio un ángel a la derecha del altar: esta vision le llenó de espanto; pero el ángel le dijo con bondad: “Zacarías, no temas; tu oracion a sido oida. Isabel, tu mujer, te dará un ijo, a quien llamarás Juan. El será para tí un motivo de mucha alegria, i muchas jentes se regocijarán de su nacimiento; porque él será grande delante del Señor; i no beberá vino ni licores fuertes, i será lleno de espíritu santo desde el vientre de su madre. I a muchos de los ijos de Isrrael convertirá al Señor, Dios de ellos; porque él irá delante del Señor con el espíritu i virtud de Elías, para prepararle un pueblo santo.”

Sobrecojido de pavor i casi fuera de sí mismo, Zacarías dudaba aun de las palabras del ángel, i le dijo: “¿I en qué conoceré la verdad de lo que me dices? porque yo soi viejo, i mi mujer está mui avanzada en años.” El ángel respondió: “Yo soi Gabriel, que asisto delante del trono de Dios, i soi enviado para hablarte i traerte esta feliz nueva. I pues que no as querido creer en mis palabras, permanecerás mudo asta el dia en que se cumplan.”

El ángel desapareció, i Zacarías quedó mu-
do en efecto. Mucho tiempo permaneció sin
volver de su sorpresa. El pueblo le aguar-
daba, admirándose de que tardase tanto
tiempo en salir del santuario. Al fin apare-
ció; pero desde luego se vió que alguna cosa
extraordinaria le abia ocurrido, porque le era
imposible acerse entender de otro modo que
señalando al cielo, dando a entender con esto
que abia tenido alguna vision en el lugar santo.
Cuando ubo concluido el tiempo de su minis-
terio, se volvió a su casa lleno de alegría i de
esperanza.

El momento señalado por los decretos eternos para
el cumplimiento del gran misterio de la redención
de los ombres, a llegado. El ijo de Dios, el Salva-
dor del mundo va a descender de lo alto de los
cielos, i a llenar la espectacion de las naciones; annu-
ciándose así este divino sol de justicia aun ántes de apa-
recer sobre el orizonte. Envía al ángel de la misericor-
dia a revelar a Zacarías el nacimiento de su precursor,
de aquel que debe prepararle los caminos i disponer al
pueblo, que suspiraba por su llegada, para recibirle con
amor i reconocimiento. Por esta misteriosa vision de
Zacarías en el templo principia, pues, la istoria de nues-
tro Divino Salvador. Leámosla con un corazon puro;
i penetrados de un sincero deseo de aprovecharnos de
las divinas lecciones que encierra, encontraremos en ella
una fuente de dulces consuelos, i los mas poderosos mo-
tivos para consagrarnos esclusivamente al servicio de un
Dios que nos ama tanto.

2. MARIA.

Tranquila i retirada del mundo, vivia en

Nazareth, pequeña ciudad de Galilea, una virgen joven i pobre; i aunque descendia de la estirpe real de David, se mantenía del trabajo de sus manos. Estaba casada con un carpintero llamado José, tan pobre como ella, i lleno del temor de Dios. Pero, aunque la niña se viese privada de los bienes de la tierra, no era por eso ménos rica en virtudes, uniendo la mas pura inocencia a la umildad mas profunda i mas sincera. Su nombre era María.

Llena de confianza en los oráculos de los profetas, esperaba con impaciencia la venida del Divino Salvador que ellos abian anunciado. Prosternada delante de Dios i sumida en un piadoso recojimiento, pensaba sin duda en la salud prometida por él a su pueblo, cuando repentinamente se apareció en su cuarto solitario Gabriel, el ángel de Dios, diciéndole con una bondad celeste: “Dios te salve, María; llena eres de gracia. El Señor es contigo. Benditas eres entre todas las mujeres.” María se asustó al ver esta aparicion, i mas todavia al oír aquellas palabras, cuyo sentido no alcanzaba a comprender.

Mas, el ángel, para tranquilizarla, le dijo: “No temas, María; porque as encontrado gracia delante del Señor. Tendrás un ijo, a quien darás por nombre Jesus, i será grande, porque él será el ijo del Todo-Poderoso. El Señor nuestro Dios le dará el trono de Da-

vid, su padre, i reinará eternamente sobre la casa de Jacob, i su reino no tendrá fin.”

Noticia semejante debió sin duda sorprender sobremanera a la mas umilde de las criaturas, a una vírjen tímida que solo aspiraba a vivir ignorada a la sombra del santuario para poder servir allí al Dios a quien abia consagrado todos los afectos de su corazon. Pero sobre todo ¿qué cosa mas maravillosa que saber que iba a ser madre, sin saber cómo conciliar esta fecundidad tan poco esperada con la virjinidad que abia jurado a los pies de los santos altares? “¿Cómo, exclamó ella entónces llena de una indecible turbacion; cómo podrán obrarse en mí esas cosas que me anuncias, pues que yo no e conocido varon?” El ángel le esplicó este misterio diciéndole: “El Espíritu Santo sobrevendrá en ti, i la virtud del Todo-Poderoso te cubrirá con su sombra; por lo cual el niño que nacerá de tus entrañas será llamado el ijo de Dios. Sabe ademas, que tu prima Isabel tendrá ántes de tres meses un ijo, porque nada es imposible a Dios.”

María al oír estas palabras, tranquilizándose i viendo que podia llegar a ser madre sin dejar de ser vírjen, se somete, adora i consiente. “E aquí, dijo, la esclava del Señor: ágase en mí segun tu palabra.” I en el mismo instante el ijo del Altísimo se encarnó en sus castas entrañas; i la salvacion del mundo queda ase-

gurada. Toda la corte celestial, atenta a las palabras de María i al misterio que se obra en ella, la proclama madre del Todo-Poderoso; dignidad augusta que la eleva a una distancia inmensa sobre todos los seres criados, i no pone otros límites a su grandeza, que la grandeza de Dios mismo.

3. MARIA EN CASA DE ISABEL.

María se puso luego en camino, i atravesó las montañas para ir a ver a su prima, a fin de anunciarle aquella nueva feliz, i de elevar juntas sus acciones de gracias al Señor.

Después de un viaje de tres dias, entró, cuando ménos se la esperaba, en casa de Isabel, saludándola i felicitándola de que la gracia del Señor se ubiese manifestado en ella. Isabel al escuchar esta felicitación, se sintió llena del Espíritu Santo, que le izo conocer el motivo que traía a María. Poseída de respeto i de una santa alegría, exclamó: “Bendita tú entre todas las mujeres, i bendito el fruto de tu vientre. ¿De dónde me viene la dicha de que la madre de mi Señor venga a mí? Bienaventurada, que as creído; porque todas las cosas que te an sido anunciadas por el Señor recibirán su cumplimiento.”

María, al oirse llamar la madre del Señor, reconoció con mucha sorpresa que no solamente Dios le abia revelado a ella el secreto de

Isabel, sino que tambien su prima estaba instruida en el suyo propio; con lo que creció su alegría, i elevando su alma al cielo i ensanchándose su corazon, comenzó a dar gracias a Dios en alta voz, i sus palabras se convirtieron en un imno de alabanzas, diciendo:

“Mi alma glorifica al Señor! Mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador, que a bajado sus miradas asta su umilde esclava, a quien desde aora llamarán bienaventurada todos los siglos. Grandes cosas a echo en mí el Todopoderoso: su nombre es Santo i su misericordia se estiende de jeneracion en jeneracion sobre aquellos que le temen. A desplegado la fuerza de su brazo i disipado los designios que los orgullosos formaban en su corazon; a arrojado de sus tronos a los poderosos i elevado a los umildes: a colmado de bienes a los que tenian ambre, i despedido a los ricos desprovistos de todo. Se a acordado de su misericordia, i tomado bajo su proteccion a Isrrael su servidor, segun la promesa que a echo a nuestros padres, a Abraam i a su posteridad para siempre.”

¡Cuán puros i cuán magníficos son los acentos con que María celebra la bondad i la misericordia infinita de su Dios! Es una alma enteramente abrasada del amor divino, que se eleva sobre todas las cosas de la tierra para meditar en el seno de la Divinidad los admirables secretos de la Providencia. Nada tiene de terreste su voz, sublime como la de aquellas celestes in-

religencias ocupadas sin fin en cantar la grandeza del Dios tres veces santo i los prodijios del eterno amor.

María permaneció en casa de Isabel cerca de tres meses, pudiendo apénas al fin separarse; tal era su gozo en Dios i el indecible afecto que se tenían.

4. NACIMIENTO DE JESUS.

Zacarías e Isabel obtuvieron en efecto el ijo que les abia sido anunciado por el ángel del Señor, recibiendo ámbos este ijo como un don del cielo, i penetrados del mas vivo reconocimiento ácia Dios. “En mi vejez,” dijo Isabel, “me envía el Señor un gozo tan grande.”

Los vecinos i los parientes de Isabel vinieron a participar de su felicidad. Querian estos dar al niño el nombre de su padre; mas Isabel se opuso diciendo: “No; que se llamará Juan.” Mas los parientes respondieron: “En nuestra familia nadie lleva ese nombre;” i al mismo tiempo preguntaron por señas al padre cómo geria que se llamase.

Zacarías permanecia siempre privado del uso de la palabra, por lo que, tomó unas tablillas de escribir, i escribió: “Juan es su nombre.” Porque así se lo abia ordenado el ángel que le apareció en el templo. Todos los circunstantes se llenaron de admiracion; mas al mismo instante de aber acabado Zacarías de escribir el nombre de su ijo, i que con esto quedaban cum-

plidas todas las predicciones del ángel con respecto a aquel niño, su boca se abrió i su lengua fue desatada. Este era el momento que abia escojido el Señor para colmar a aquella santa familia de sus bendiciones i de sus mas esquisitos favores; i al uso de la palabra que abia recobrado Zacarías, añadió el don de la profecía. Inspirado este santo anciano por el Espíritu Santo, entonó aquel magnífico cántico que contiene en compendio toda la economía del grande misterio de la Encarnacion, i el cuadro de la Iglesia en sus mas felices dias.

“Bendito sea el Señor, Dios de Isrrael, por que nos a suscitado un poderoso Salvador en la casa de David, su servidor, segun lo que abia prometido por la boca de sus santos profetas, que an aparecido en los siglos pasados; que seríamos libertados de nuestros enemigos i de las manos de todos aquellos que nos aborrecen, para ejercer su misericordia sobre nuestros padres i acordarse de su Santa Alianza. Porque él a jurado a Abraam, nuestro padre, que nos libraria de las manos de nuestros enemigos, para que pudiésemos servirle sin temor, i marchar en su presencia en santidad i justicia todos los dias de nuestra vida.”

“I tú, ijo mio, añadió volviéndose ácia el recién nacido; tú serás llamado el profeta del Todo-Poderoso; porque tú marcharás delante del Señor para prepararle sus caminos; para

dar a su pueblo el conocimiento de la salvación, a fin de que obtenga la remisión de sus pecados, por la misericordia infinita de nuestro Dios, que en este momento ace brillar sobre nosotros una aurora nueva i celestial, para iluminar a aquellos que están sentados en las tinieblas i en las sombras de la muerte, i para conducir nuestros pasos por el camino de la paz.”

Un santo respeto se apoderó de todos los concurrentes; i todos los que oyeron ablar de las maravillas que abian acompañado al nacimiento del ijo de Zacarías, se mostraban sorprendidos, i se decian unos a otros: “¿Qué pensais que llegará a ser un dia este niño? Por que la mano del Señor está visiblemente con él!”

Dios cumplió todas las maravillas que Zacarías abia predicho de su ijo; i a fin de prepararlo para el glorioso ministerio de que iba a ser encargado, le izo crecer en sabiduría i virtud, i quiso que se retirase a la soledad del desierto, asta el dia en que apareciese delante del pueblo de Isrrael para anunciarle que el Mesías era llegado; que el Mesías era Jesús, el cordero de Dios, que quitaría los pecados del mundo.

5. NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

Mientras que se esparcia por toda la Judea el rumor de los prodijiosos acontecimientos

que abian acompañado al nacimiento de Juan Bautista, María, que abia vuelto a Nazareth, meditaba en el silencio i en el retiro, sobre el incomprendible misterio de que ella era depositaria e instrumento. Nada de lo que le pasaba abia dicho a José; i conociendo éste que María iba a ser madre, se encontró en una cruel perplejidad. Como era ombre justo, no queria disfamarla acusándola de un crimen que, por otra parte, él sabia mui bien que su mujer era incapaz de cometer; por lo cual determinó abandonarla secretamente. En esta resolucion estaba, cuando un ángel que se le apareció en sueños, le dijo: “José, ijo de David, no reuses tener a tu lado a tu esposa María; porque ella será madre del ijo de Dios.” José siguió viviendo con su esposa, i ámbos residieron en Nazareth en la mas dulce union, Heros de reconocimiento al Eterno, inocentes i puros, como dos ángeles del cielo.

María i José aguardaban cada dia el cumplimiento de la divina prediccion. Mas mui luego se publicó un edicto del emperador Augusto, que ordenaba levantar el censo de la poblacion del imperio romano; para lo cual debia cada uno acer apuntar su nombre en los registros de la ciudad misma de donde su familia era oriunda. José i María eran ámbos de la estirpe de David, i tuvieron que ir a Belen, lugar del nacimiento de este rei, por pe-

noso qe en aquellas circunstancias debiese parecerles un viaje tan largo.

Mui entrada la noche llegaron a Belen, qe ya estaba llena de forasteros, atraidos por los mismos motivos qe ellos. En vano buscó José por toda la ciudad una posada donde ospedarse; en todas partes reusaron recibirlos; todo estaba ocupado; se allaban sumamente perplejos.

Fatigados como estaban, del viaje, veian qe se acía tarde, i ninguna puerta se abria para ellos. Sin embargo de todo esto, no perdieron un solo instante su confianza en Dios; resignados tomaron su partido. En un estremo de la ciudad abia un establo, qe servia de asilo a los pastores de los contornos i a sus ganados; allí fueron José i María a pasar la noche.

Allí,ijos mios (pongan atencion los qe leen, i los qe escuchan, medítenlo bien) allí, en un pesebre, vino al mundo Jesucristo, el ijo de Dios! Gracias sean dadas eternamente al Señor!

María envolvió al recién nacido en pañales, adorando en este débil niño al Criador del cielo i de la tierra, al Salvador del mundo.

Así fué como cua'ro mil años despues de la creacion de la tierra, nació el ijo de Dios en una profunda pobreza, en el silencio de la noche i sin pompa alguna; i allí,ijos mios, el rei de los reyes no tenia mas palacio qe

una pobre cabaña, ni mas trono que un pesebre: el que a de ver a todos los ombres a sus pies, el que dicta leyes al universo entero, no tenia entónces mas acompañamiento que viles animales, que calentaban con su aliento sus miembros entumecidos. Tal era la santa voluntad de su Padre, contraria, es verdad, a las esperanzas mundanas de los ombres; pero en todo conforme a las predicciones del cielo.

Las pompas i magnificencias del mundo no son nada delante de Dios; i en el reino que Jesus vino a fundar, solo la virtud i la santidad son preciosas.

6. LOS PASTORES DE BELEN DELANTE DEL PESEBRE.

Abia pasado gran parte de la noche, i todos los abitantes de Belen se abandonaban al reposo; si no era algunos pobres pastores que se abian quedado en los campos, guardando sus rebaños. Sencillos i candorosos, su piedad sincera se asemejaba a la del pobre pastor David, que apacentaba en otro tiempo sus ovejas por aquellos alrededores.

Miéntas en la oscuridad de la noche velaban en compañía, les apareció repentinamente un ángel del Señor, en toda su gloria, cubriéndolos a ellos mismos de una claridad celestial, que los llenó de espanto. “ No temais, les dijo el ángel; porque vengo a anuncia-

res una nueva, que será de mucha alegría para todos. Oí mismo en la ciudad de David, os a nacido un Salvador, que es el Cristo, el Señor. Por esta señal le reconoceréis: Encontraréis un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre.”

Al instante mismo un número infinito de otros mensajeros celestes se reunió al ángel, alabando todos al Eterno, i cantando este imno divino: “Gloria a Dios en lo alto de los cielos, i paz sobre la tierra a los ombres de buena voluntad.”

Nunca abian los pastores contemplado un espectáculo semejante; nunca abian oido una armonía tan dulce. La sorpresa i la alegría se apoderaron de ellos a un tiempo.

Los ángeles se elevaron de nuevo a los cielos, i los pastores se decian unos a otros: “Venid, vamos luego a Belen; veamos lo que el Señor nos a anunciado.” Apresurando el paso, llegaron a la cabaña: allí encontraron a José i María, i en el pesebre vieron al niño. Penetrados de un santo i profundo respeto, se aproximaron a él, contemplándole con un placer indecible que no les dejaba cansarse de mirarle. María i José estaban por su parte admirados de que el nacimiento del divino niño fuese ya conocido de aquellos ombres; mas su gozo se acrecentó sobremanera, cuando supieron que les abia sido revelado por los ánje-

les del cielo. Regocijéronse todos en comun i glorificaron a Dios.

Los pastores se volvieron dando gracias al Eterno por el favor que les habia echo; i por todos los alrededores esparcieron la noticia de las cosas que abian visto i oido; i todos los que llegaron a saber estos acontecimientos estraordinarios se llenaron de admiracion. María conservó en su memoria todas las palabras que acababa de oir, i las meditaba en su interior.

Como María, grabemos en nuestro corazón esta historia santa. Todos aquellos que tengan pura el alma, gustarán de oirla, i encontrarán la salud en Jesucristo.

7. PRESENTACION DE JESUS EN EL TEMPLO.

La primera salida de María despues del nacimiento de su ijo, fué para dirigirse al templo; porque así lo ordenaba la lei de Moises. Pero aunque María estaba esenta de esta lei, que solo habia sido dictada para las mujeres pecadoras, se sometió a ella con la umildad i obediencia que la caracterizaban. ¡Con qué reverente respeto entraria en el templo para ofrecer a Dios el ijo divino que reposaba en sus brazos! Llevaba dos tortolillas, ofrenda prescrita a los pobres por la lei de Dios: su indijencia no le permitia sacrificar un corde-ro. Pero su ofrenda fué mas agradable al Se-

ñor, que los dones mas ricos; porque era presentada por un corazon lleno de ferviente amor.

Los sacerdotes i el pueblo vieron al niño Jesus en el templo sin percibir el menor indicio de su orijen divino; sus almas profanas no eran capaces de reconocer al Salvador de los ombres bajo las esterioridades de la debilidad i de la indijencia. Solo algunas almas puras merecieron favor tan grande, entre todos los abitantes de Jerusalem.

Abia allí un ombre justo i temeroso de Dios, que vivia esperando la consolacion de Isrrael por el Salvador del jénero umano; el Espíríta Santo le abia revelado que no moriría sin aber visto al Cristo, al unjido del Señor.

Llevado por una inspiración divina, fué Simeon al templo, en el momento mismo en que José i María se encontraban allí con el niño Jesus, i luego que Simeon le vió, reconoció en él al Mesías tanto tiempo prometido i por tantos siglos esperado. Tomando el santo niño en sus brazos i levantando los ojos al cielo, exclamó: "Aora, Señor, deja morir en paz a tu siervo; porque mis ojos an visto al Salvador que nos as dado, i que destinaste para que fuese presentado a la vista de todos los pueblos, como la luz que alumbrará a las naciones, i la gloria de tu pueblo Isrrael."

I despues, volviéndose el anciano a María, i contemplándola tiernamente, la dijo: “Este niño a nacido para la ruina i para la resurreccion de muchos en Isrrael; él será el blanco de la contradiccion de los ombres. Para él los pensamientos qe se ocultan en lo mas escondido del corazon, serán puestos de manifesto; i tu alma será traspasada de un puñal de dolor.”

Luego verémos, ijos míos, cómo se cumplió este anuncio, i en qué abismo de amargura fué sumida una alma tan sensible i tan compasiva, como la de María.

Aun ablaba Simeon, cuando sobrevino Ana, viuda de ochenta i cuatro años de edad, qe abia envejecido en el temor del Señor, i por eso giso Dios qe tuviese ántes de morir el consuelo de contemplar al Salvador. Se unió a Simeon para alabar al Eterno, i ámbos ablaron del Mesías a todos aquellos qe aguardaban su advenimiento.

Los qe buscan a Dios, sin preocupacion i con un deseo sincero de encontrarle, pueden reconocerle fácilmente.

8. LA ADORACION DE LOS MAGOS.

El Salvador del mundo abia nacido, i solamente algunas almas puras se regocijaban con su venida; el mayor número de los Isrraelitas ignoraban este acontecimiento, i Dios

resolvió acer patente al pueblo el nacimiento de su ijo.

Repentinamente se aparecieron en Jerusalem unos Magos de jerarquía distinguida, qe venian de un pais lejano, situado ácia el Oriente. Andaban preguntando: “¿Dónde está el rei de los judíos qe acaba de nacer? Nosotros emos visto su estrella en el Oriente, i venimos a adorarle.”

La llegada de unos estranjeros de condicion tan elevada, i el objeto de su venida i de sus preguntas, se esperecieron luego por toda Jerusalem. El rei tembló en su trono i toda Jerusalem con él. Todos sintieron despertarse los remordimientos de sus conciencias, i el rei temia perder su corona.

Lo qe es causa de gozo para el ombre virtuoso, es motivo de terror para el malvado.

Eródes izo juntar a toda prisa a los principales sacrificadores i a los doctores mas afamos, para qe le dijesen en qué lugar abia de nacer el Cristo, i ellos le respondieron: “En Belen, ciudad de la tribu de Judá, segun aquellas palabras del profeta Miquéas: “I tú, Belen, tú no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; porque de ti saldrá el caudillo qe a de guiar a mi pueblo de Isrrael.”

Entónces Eródes izo venir secratamente a los Magos, i les preguntó con mucho cuidado,

qué tiempo acia que les abia aparecido la estrella. Los Magos se lo dijeron al momento sin rodeo alguno; i él los envió a Belen, diciéndoles: “Id, e informaos exactamente de ese niño, i cuando lo ayais visto, acédmelo saber para que vaya yo tambien a adorarle.” Estas palabras eran un artificio con que encubria sus criminales intenciones; porque abia resuelto buscar en secreto al niño para darle la muerte.

Los Magos se pusieron en camino para la ciudad de Belen, situada a pocas leguas de distancia de la capital. Repentinamente se disiparon las nubes que cubrian el cielo, i la estrella que abian visto en el Oriente, volvió a brillar en el firmamento, tan bella i resplandeciente como nunca. Aqel astro parecía caminar delante de ellos; i al fin se detuvo sobre la casa que abitaba María con el niño; como si quisiera decirles. “Aqí es.” Al reconocer los Magos su estrella, se sintieron transportados de gozo, i entrando en la casa, encontraron en ella a Jesus i a María su madre. Al punto se prosternaron i le adoraron, i abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones de oro, incienso i mirra: dones misteriosos; pues en el oro le daban tributo como a rei; en el incienso le adoraban como a Dios, i en la mirra, que servia para embalsamar los cuerpos, reconocian que era ombre i que como tal estaba sometido al imperio de la muerte.

Los Magos se proponían volver el día siguiente al amanecer, al rei Eródes, para instruirle del resultado de sus averiguaciones; pero Dios, que conocía la intención del rei, previno a estos ombres piadosos, por medio de un sueño, que no volviesen a ver a Eródes. Obedientes a las órdenes del cielo i cantando alabanzas al Eterno, se restituyeron a su pais por diverso camino.

9. FUGA AL EJIPTO.

Eródes aguardaba con impaciencia la vuelta de los Magos; i viendo al fin que no volvían, ordenó que en Belen i en todo el pais circunvecino se diese muerte a todos los niños varones de dos años para abajo. Por esta orden cruel pensaba entregar a una muerte segura al niño que le causaba tan viva inquietud. Pero Dios conoce todos los designios de los ombres i sabe desbaratarlos. Un ángel del Señor apareció a José mientras dormía, i le dijo: “Levántate, sal con el niño i su madre, i uye a Ejipto, porque Eródes buscará al niño para acerle morir.”

José se levantó, salió con el niño i su madre, i durante la noche se fugó con ellos a Ejipto. Mucho debió costarles abandonar así su patria; pero sabían obedecer sin murmurar la voluntad del Señor, i se pusieron en camino

llenos de confianza en aquel que vela sobre la inocencia para protegerla.

El niño Jesus llegó felizmente a Egipto. Los asesinos mandados por Eródes cayeron de improviso sobre Belen, i penetraron en todas las casas a mano armada. Centenares de niños inocentes fueron arrancados de los brazos de sus madres i asesinados sin piedad. Por todas partes se oían los gritos de las víctimas i los jemidos de las madres desconsoladas; para que se cumpliese aquella prediccion del profeta Jeremías: “Se a oído una voz en Rama, grandes lamentaciones i grandes gritos. Es Raquel que llora sus hijos, i no quiere ser consolada, porque ya no son.”

El cruel Eródes creía de este modo haber asegurado su corona. Mas ¡cuán engañado estaba! El niño Jesus vivía en Egipto al abrigo de su furor, i pocos años despues de esta bárbara accion, Eródes perdió el trono i la vida.

Muerto Eródes, el ángel del Señor apareció a José en un sueño, i le dijo: “Levántate, toma al niño, i vuelve con su madre a la tierra de Isrrael, porque muertos son los que querían quitarle la vida.”

En el momento tomaron el camino de su patria; i abiendo llegado a la frontera del país de Isrrael, i sabiendo José que Arquelao reinaba en lugar de Eródes, i advertido ade-

mas por un ángel, se retiró a Nazareth, pequeña ciudad de Galilea; porque temia que Arquelao, erederó del trono de su padre, lo fuese tambien de su crueldad.

José i María, despues de una larga ausencia, volvieron a la ciudad de Nazareth, su patria comun. Allí se establecieron i vivieron felices i tranquilos, manteniéndose con el trabajo de sus manos, i educando con mucho cuidado al niño que Dios les abia confiado.

Detengámonos aquí, ijos míos, i contemplemos por un instante el espectáculo encantador que nos presenta el interior de esta santa familia. ¡Qué cosa mas interesante que ver a Jesus, el criador del cielo i de la tierra; a María la madre de Dios, i la mas pura de las criaturas, i a José, que por su santidad abia merecido guardar i acer las veces de padre al niño Jesus; qué cosa mas tierna, digo, que verlos vivir en el retiro i en la oscuridad, léjos de un mundo indigno de poseerlos i de conocerlos, amándose mutuamente, entregándose a la práctica de todas las virtudes i glorificando así al Padre Celestial! ¡Oh! ¡cuánto sería de desear que fuese este el modelo de todas las familias cristianas, i que todas se empeñasen en imitar a Jesus, María i José! La tierra nos ariá gozar anticipadamente todas las delicias del paraíso.

10. EL NIÑO JESUS EN EL TEMPLO.

Jesus crecia i se fortificaba en la casa de sus padres en Nazareth. La gracia celestial brillaba en él: desde su infancia anunciaba una sabiduría divina. Su padre i su madre iban

toños los años a Jerusalem a la fiesta de Pascua, segun lo prescribia la lei de los israelitas; i cuando Jesus llegó a la edad de doce años, le llevaron consigo. Seguialos él lleno de júbilo; pero su emocion creció al divisar a lo léjos la ciudad santa i el templo qe la dominaba. Esta era la primera vez qe se encaminaba ácia ella. Un recojimiento profundo i la meditacion de las órdenes de su Padre Celestial qe él estaba encargado de enseñar a los ombres, absorbían enteramente su espíritu. Los dias de fiesta abian trascurrido ya, i Jesus permanecia en Jerusalem, i el templo era el lugar qe visitaba con preferencia a todos los otros.

Sus padres abian vuelto a tomar el camino de Nazareth, i mui luego echaron ménos a Jesus; pero imaginándose qe abria seguido a otros compañeros de viaje, se tranquilizaron i continuaron su camino. Acia la caida del sol, abiendo llegado a la posada donde pensaban pasar la noche, le buscaron entre sus parientes i demas conocidos. Pero ¡cuál debió ser su inquietud al ver qe no se encontraba allí i qe nadie sabia darles razon de él! Conocian la obediencia de su ijo, qe jamas se abia separado de ellos sin aber ántes obtenido permiso; por lo qe, ajitados de mortales agonias, volvieron inmediatamente sobre sus pasos, i abiendo llegado a Jerusalem despues

de una jornada de camino, que pareció en extremo larga a su inquieta solicitud, preguntaron por él, aunque en vano, por toda la ciudad. Por todas partes buscaban las uellas del divino niño; pero ¿cómo encontrarlo en medio de la confusion causada necesariamente por la reunion de tantos millares de ombres, en una ciudad que les era casi desconocida?

Empezaba ya a pasarse el tercer dia en esta infructuosa investigacion, aumentando su ansiedad cada nuevo instante que trascurria. En fin, fueron al templo, i allí divisaron al niño Jesus, sentado en medio de los doctores, escuchándolos, interrogándolos i respondiendo a sus preguntas. Todos se agolpaban alrededor para oirle; todos los ojos estaban fijos en él; cada una de sus palabras era encomendada a la memoria, i cuantos le oian, quedaban trasportados de admiracion i encantados con la sabiduría de sus respuestas.

Conmovidos todavía por la inquietud que los abia ajitado, le dijo con ternura su madre: “¿Porqué as echo esto con nosotros? E aquí que tu padre i yo te buscábamos aflijidos.” Jesus respondió: “¿Para qué me buscabais? ¿No sabeis que es preciso que yo me ocupe en las cosas que conciernen a mi Padre?” María, que penetraba sin duda el sublime sentido de estas palabras, las conservó profundamente grabadas en su corazon.

Dejando a Jerusalen, volvió Jesus a la pacífica i umilde casilla que abitaban sus padres en Nazareth, donde pasó toda su juventud. Seguid, hijos míos, su noble ejemplo; sírvaos de modelo la istoria de su infancia, contenida en estas pocas palabras: "Jesus era sumiso a sus padres; crecía en sabiduría, en edad i en gracia, delante de Dios i de los ombres."

Niños, aceos semejantes a él, pues podeis serlo. Seguid sus uellas; a él solo debeis tomar por modelo.

II. JUAN BAUTISTA EN EL DESIERTO.

Se aproximaba el tiempo en que Jesucristo iba a manifestarse a los ojos de los ombres como el libertador del jénero umano, i a emprender su grande obra. Juan debia preparar los corazones de los isrraelitas a la venida del Salvador.

Asta entónces, abia llevado Juan una vida tranquila i retirada, pasando su juventud en la soledad del desierto, ocupado en prepararse al ministerio que debia serle encomendado. Una órden de Dios le mandó principiar su predicacion; dejando su retiro, se acercó a las orillas del Jordan.

Llevaba un vestido grosero de pelos de camello, i una cintura de cuero ceñía sus lomos. No probaba otro alimento que el que encontraba en aquellas soledades, el cual consistia principalmente en langostas i miel silvestre; saciaba su sed con el agua pura de

los arroyos, i le servia de morada una caverna en medio de las rocas.

Empezó pues a predicar públicamente a orillas del Jordan, diciendo: "Aced penitencia, porque el reino de los cielos se acerca:" tal era el resúmen de su predicacion. Bautizaba en las aguas del rio a todos aquellos que, penetrados de la conciencia de sus culpas, le escuchaban con firme propósito de corregirse. Este bautismo era una ceremonia relijiosa, por la cual se acía profesion de abrazar la penitencia: no daba la remision de los pecados, mas la preparaba por medio de la penitencia que debia seguirse i disponer las almas para el bautismo de Jesu-Cristo, por solo el cual se purifica el alma pecadora.

Aun ahora mismo, el reino de los cielos está cercano para aquel que se esfuerza sériamente en mejorar su alma

Las predicaciones de Juan Baustista tuvieron mucha fama en el pais. No solamente los que abitaban a las orillas del Jordan, sino toda Jerusalem i aun la Judea entera, salieron al desierto para escucharle. Todo el pueblo corria en tropel para confesar sus pecados i recibir el bautismo.

Sin embargo, en medio de esta multitud de ombres que se arrepentian sinceramente, vió el santo profeta fariseos ipócritas i supersticiosos, i aun saduceos incrédulos. Juan leyó en sus

corazones corrompidos, i percibió que no era el sentimiento de una verdadera penitencia lo que los llevaba a él. Dirijiéndoles, pues, la palabra, les dijo con severidad: “Raza de víboras, ¿quién os a enseñado a uir de la cólera venidera? Aced, pues, frutos dignos de penitencia, i no vayais a decir dentro de vosotros mismos: Abraam es nuestro padre; porque yo os declaro que Dios puede acer que de estas mismas piedras nazcan ijos a Abraam. No penseis que el temor de destruir la posteridad de nuestro santo patriarca i de no cumplir las promesas que le a echo, le arredre de castigaros como mereceis.”

“El acha está puesta ya a la raiz de los árboles; todo árbol que no produzca buenos frutos va a ser cortado i echado al fuego.”

Un gran número de personas de entre la muchedumbre, movidas per sus discursos, i deseosas de convertirse, le preguntaron: “¿Qué debemos acer pues, para producir buenos frutos?” Juan respondió: “El que tenga dos vestidos dé uno de ellos al que no tenga ninguno.” Ubo tambien publicanos i soldados que le dijeron: “I nosotros, maestro, ¿qué arémos?” Juan respondió a los publicanos: “No exijais nada mas de lo que os a sido ordenado;” i a los soldados: “No maltrateis, no acuseis a nadie falsamente; contentaos con vuestra paga.”

Conmovido el pueblo por la fuerza i la verdad de sus discursos, deseaba con ardor la venida del Mesías, i por un momento creyó que Juan mismo era el Cristo; mas el profeta dijo en presencia de todos: “Vendrá otro mas poderoso que yo, a quien no soi digno ni aun de desatar la correa de sus zapatos. Yo os bautizo con agua a fin de prepararos a la penitencia; mas él os bautizará en Espíritu Santo i en fuego.”

“Tiene el bieldo en mano i limpiará su era; juntará el trigo en su granero; mas, quemará la paja en un fuego que no se apagará jamas.

12. BAUTISMO DE JESUS I SU MANSION EN EL DESIERTO.

Miéntras que todo el pueblo acudia para acerse bautizar, Jesus tambien dejó a Nazareth, i vino a buscar a Juan a las orillas del Jordan para recibir sobre su divina frente aquella agua umillante que solo debia correr sobre la frente de los pecadores. Mas Juan deteniendo a Jesus, en el momento que este iba a descender al rio, le dijo: “Yo soi quien debo ser bautizado por ti, ¿i tú vienes a mí?” Jesus respondió: “No me agas resistencia; porque así es como debemos cumplir toda justicia.” Juan, oidas estas palabras, dejó de

oponerse, i bautizó a Jesus en las aguas del Jordan. I cuando Jesus ubo recibido el bautismo, salió del agua i se puso a orar; i en aquel instante los cielos se abrieron i sonó la voz del Padre Eterno, diciendo: “ved a mí a mi ijo mui amado, en quien tengo todas mis complacencias.” I a fin de que nadie dudase que era a Jesus a quien se dirijia este glorioso testimonio, el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre su cabeza bajo la forma de una paloma.

De este modo fué Jesus reconocido solemnemente como ijo de Dios, i así testificó su Padre Celestial la divinidad de su mision. Despues de esto, Jesus, por inspiracion del Espíritu Santo, se retiró a lo mas escondido del desierto, donde solo veía en torno rocas escarpadas i montañas áridas. En esta soledad pasó cuarenta dias i cuarenta noches entregado a la oracion, la contemplacion i el ayuno.

Al cabo de este espacio de tiempo tuvo hambre; i el tentador vino a buscarle en el desierto; i aproximándose a él le dijo: “Si eres el ijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan.” Jesus le respondió: “Escrito está: el ombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.”

Satanas quiso tentarle de otra manera. Condujo a Jesus a Jerusalem i le colocó en lo al-

to del templo. Desde allí podia divisarse a una profundidad espantosa todo el recinto de aquella inmensa ciudad. Satanás le dijo: “Si eres el ijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está: Ordenará a sus ángeles que velen sobre tí i te sostengan en sus brazos, para que no tropiezes en piedra con tu pié.” Atento Jesus a la voluntad de su Padre, rechazó esta nueva tentacion i repuso: “No tentarás al Señor tu Dios.”

Arriesgar temerariamente su vida i precipitarse sin justa causa en el peligro, contando con la asistencia de Dios, es tentar a la Divinidad.

Satanás no quedó satisfecho, i quiso todavía suscitar una tercera tentacion.

Trasportó a Jesus a la cumbre de un monte elevado, desde donde se divisaban inmensos reinos, i aciendo observar a Jesus aquel magnífico espectáculo, le dijo: “Yo te daré todo lo que ves, si prosternándote delante de mí, me adoras.” Jesus entónçes, con una majestuosa indignacion, le contestó: “Retírate, Satanás, porque escrito está: adorarás al Señor tu Dios, i a él solo servirás.” Aterrado con estas palabras, se retiró Satanás, i se acercaron a Jesus los ángeles i le sirvieron.

Nosotros tambien, llenos de confianza en las palabras del Señor, debemos vencer todas las tentaciones que nos asalten, como podemos fácilmente conseguirlo con el auxilio de la gracia divina; porque Dios no permite que

seamos nunca tentados mas allá de lo que consienten nuestras fuerzas. Siguiendo pues el ejemplo de Jesus, nuestro Salvador i nuestro modelo, rechazemos jenerosamente todas las pérfidas insinuaciones del enemigo de nuestra salud; combatámosle con las armas que nos suministra la fe; i entónces serémos dignos de llevar el nombre de discípulos del Señor.

13. JUAN RECONOCE POR SEGUNDA VEZ A JESUS POR EL SALVADOR DEL MUNDO. PRIMEROS DISCÍPULOS DEL SEÑOR.

Abandonando Jesus el desierto, se aproximó a las orillas del Jordan, donde encontró a Juan rodeado de una multitud de jentes. Viéndole venir Juan Bautista, exclamó lleno de alegría:

“Ved aquí el cordero de Dios que quita los pecados del mundo. De quien decia yo: uno viene en pos de mí, que es superior a mí, porque es mas grande que yo.”

El dia siguiente lo pasó todavía Jesus cerca de las orillas del Jordan. Juan le tributó un nuevo testimonio repitiendo las mismas palabras.

Dos discípulos de Juan deseaban mucho conocer a Jesus mas particularmente, i le siguieron a alguna distancia, contenidos por su timidez; por lo que viéndolos Jesus aproximarse con un aire de turbacion, se volvió a ellos

i les dijo benignamente: “¿Qué andais buscando?” Ellos dijeron: “Señor, ¿dónde vives?” “Venid i ved,” les contestó el Señor, lleno de bondad. Penetrados del mas vivo placer le siguieron i pasaron el dia entero con él. Uno de estos discípulos se llamaba Juan, i el otro Andres; i ámbos fueron despues apóstoles de Jesus, i colocados en el número de sus mas queridos amigos.

Andres tenia un ermano llamado Simon, a quien se apresuró a participar la feliz nueva. “Emos encontrado al Mesías,” le dijo, i le llevó adonde estaba Jesus. El Señor, para manifestarle qe penetraba el fondo de su corazon, le dijo: “Tú eres Simon ijo de Jonas; mas desde este momento te llamarás Pedro, es decir; firme como piedra.” Tales fueron las palabras con las cuales recibió Jesus a Pedro en el número de sus discípulos; i desde este momento no se separó jamas de él.

Al dia siguiente, queriendo Jesus irse a Galilea, encontró a Felipe. Lo mas ondo de los corazones se manifestaba a Jesucristo: calaba los pensamientos mas secretos, i los deseos ocultos de los qe se acercaban a él. Reconociendo en Felipe un corazon recto, le dijo: “Sígueme;” i Felipe, atraído por la bondad divina del Señor, siguió sus pasos.

Tenia Felipe un amigo llamado Nathanaél, cuyo corazon estaba poseido de una piedad

sincera i de un ardiente deseo de conocer al Salvador. Felipe fué luego a buscarle, a la sazón que Nathanaél se abia recostado por algun tiempo a la sombra de una iguera. Parece que este momento fué para él de una grande importancia, aunque la istoria no dice el motivo. Probablemente izo allí fervientes oraciones a Dios; quizá le pidió en ellas que le enseñase a conocer al Salvador.

Apénas se apartaba Nathanaél de su iguera, cuando divisó a Felipe que venia ácia él, el cual desde que alcanzó a ver a su amigo, exclamó lleno de alegría: "Acabamos de encontrar a aquel que a sido anunciado por Moises i los profetas; es Jesus de Nazareth, ijo de José." Nathanael, cediendo irreflexivamente a una preocupacion vulgar de los judíos, dijo: "¿Qué cosa buena puede venir de Nazareth?" "Vén i vé" respondió Felipe; i Nathanaél le siguió inmediatamente para convencerse por sus propios ojos.

Viendo Jesus venir a Nathanael, dijo: "E aquí un verdadero israelita, sin artificio i sin disfraz." Sorprendido Nathanaél, le preguntó: "¿Dónde me as conocido?" Jesus, clavando en Nathanaél una mirada que debió de penetrar asta el fondo de su corazon, le dijo: "Antes que Felipe te llamase, te abia yo visto a la sombra de la iguera." Nathanaél, persuadido de que solo Dios podia averle visto

en aquel lugar, exclamó transportado de un Santo júbilo: "Maestro, tú eres el ijo de Dios; tú eres el rei de Isrrael." "Porque te dije que te abia visto debajo de la iguera, as creido," contestó Jesus; "cosas mucho mas grandes verás aun. En verdad, en verdad os digo, que veréis abiertos los cielos, i los ánjeles de Dios subir i bajar sobre el ijo del ombre." *Ijo del ombre*, era el nombre que mas agradaba a Jesus, aunque era Dios; sin duda para enseñarnos con su ejemplo a ser umildes, i para recordarnos el amor infinito, que le indujo a revestirse de la naturaleza humana a fin de salvarnos.

14. BODAS DE CANA.

Tres dias despues se celebraban unas bodas en Caná de Galilea, a las cuales asistió María; porque los novios eran parientes, o al ménos, conocidos suyos. Jesus se encontraba a la sazón en Caná i fué convidado a las bodas con sus discípulos, que, como él, aceptaron el convite. Segun todas las apariencias, los novios no eran ricos, pues llegó a faltar el vino." Notólo la madre de Jesus, i envió un recado a su ijo, diciendo "no ai vino." El Señor le repondió: "Mujer, ¿qué tenemos de comun tú i yo? Aun no a llegado mi ora." Esta respuesta de Jesus a su madre parece,

a la verdad, severa; pero es de presumir que el tono de voz que la acompañaba, dulcificaría su amargura. Así María no mostró turbación; mas, avisada por el Espíritu de Dios, que le acía oír interiormente, que Jesús abia aceptado su ruego, dijo a los que servian: “Acced todo lo que él os mandáre.”

Abia en la sala del festin seis vasos grandes de piedra destinados a recibir el agua para las purificaciones, que estaban en uso entre los judíos; cada uno de estos vasos contenia dos o tres cántaros.

Jesús dijo a los sirvientes: “Llenad de agua esos vasos.” Los sirvientes obedecieron i Jesús añadió: “Sacad aora i llevad al mayordomo;” i lo hicieron así. El mayordomo probó lo que le presentaban, i alló que era un vino esquisito; no sabiendo de dónde venia, llamó al esposo i le dijo: “Todo ombre sirve primero del buen vino, i despues que se a bebido bastante, distribuye el inferior; pero tú as reservado el buen vino asta aora.”

Todos los convidados supieron lo que acababa de pasar, i qedaron sobrecojidos de admiracion a vista de tan gran maravilla, reconociendo que era el ijo de Dios el que estaba sentado a la mesa con ellos. Este fué el primer milagro público de Jesucristo.

¡Cuán patente se muestra en él su bondad infinita i su gloria divina!

15. JESUS EN EL TEMPLO.

Aproximábase la fiesta de Pascua; i millares de ombres, todos los isrraelitas del pais, i aun extranjeros i jentiles en gran número, acudian de los pueblos i reinos vecinos, a adorar a Dios en el templo de Jerusalem. Jesus quiso tambien asistir a esta fiesta solemne.

El edificio del templo era la cosa mas magnífica: tres grandes atrios conducian a su interior: el primero estaba abierto a los jentiles; mas poco a poco llegó a convertirse en un mercado público, donde sin miramiento alguno a la dignidad de aquel santo lugar, se ponian en venta los animales destinados a los sacrificios.

Jesus vió, al entrar, el tumulto causado por aquella multitud de ombres i de animales, el gran número de personas que vendian ganado vacuno, ovejas i palomas, como tambien los cambistas que estaban sentados a sus mesas. Ofendido con el espectáculo de esta profanacion del lugar santo; animado de un zelo divino por la gloria de su Padre, se llenó de santa indignacion, i echando mano a unos cordeles de los que allí se vendian, izo de ellos un látigo, i arrojó del templo a todos aquellos mercaderes, con sus bueyes i sus corderos;

en seguida volcó las mesas de los cambistas i derramó por el suelo su dinero; i a los que vendian palomas les dijo: “Quitad todo esto de aquí, i no agais de la casa de mi Padre un lugar de tráfico.” Todos uyeron llenos de un profundo respeto, sin que ubiese uno solo que se atreviese a resistirle; con lo que en mui pocos instantes quedó aquel grande atrio enteramente despejado; i el silencio solemne que convenia a la santidad del lugar no fué en adelante turbado; tan grande era el poder que Jesus ejercia aun sobre ombres groseros, i tal la majestad divina que brillaba en sus ojos. Fué esta su primera accion pública, i ya se dejaba ver suficientemente por ella, cuál era el objeto de su venida al mundo.

Pero mui luego vinieron los sacerdotes a turbarle en sus meditaciones religiosas. Algunos de ellos se acercaron a él i le dijeron: “¿Qué señal nos das con que nos convenzamos de que tienes derecho para acer estas cosas?” A lo que Jesus contestó con estas palabras notables: “Destruid este templo, i yo lo reedificaré en tres dias.” Jesus ablaba de su cuerpo, al que con razon llamaba el templo de Dios. Mas los sacerdotes, no comprendiendo el sentido de sus palabras i creyendo que ablaba del templo fabricado de piedras, le replicaron en tono de desprecio: “Cuarenta i seis años se emplearon en edificar este tem-

plo; ¿i tú lo reedificarás en tres dias? “I con esto le dejaron descontentos.

Cuando Jesus hablaba de la destruccion del templo a-cia alusion a su muerte; i cuando dijo que lo reedificaria en tres dias, quiso significar su resurreccion. Interpretadas de este modo, ¡cuán verdaderas son sus palabras!

16. JESUS EN LA FUENTE DE JACOB.

Jesus salió de Jerusalem para volver a Nazareth, i en su viaje tuvo que atravesar el pais de Samaria. Abiendollegado a Sichar, ciudad que antiguamente se llamaba Sichem, i donde Jacob abia echo en otro tiempo cavar un pozo, fatigado del camino se sentó allí cerca. Sus discípulos le dejaron en aquel lugar para ir a la ciudad en busca de alimentos; i mientras que allí permanecia solo, vino una mujer samaritana a sacar agua del pozo. Todos los judíos tenian un odio inveterado contra los habitantes del pais de Samaria; nunca se saludaban unos a otros, i por nada del mundo ubieran querido beber en un mismo vaso. Jesus desaprobaba este rencor; su corazon amoroso condenaba el error i el pecado, mas no por eso odiaba a los extraviados pecadores. Dijo, pues, con bondad, a la mujer: “Dame un poco de agua.” Sorprendida ella de verse tratada con tanta atencion, le dijo: “¿Es posible que tú, siendo judío, me pidas agua?”

A lo que Jesus respondió: “Si conocieras a quien te habla, tú se la pedirías a él, i él te daría agua viva.”

La mujer, que no alcanzaba a comprender lo que estas palabras querían decir, replicó: “Pero tú no tienes nada con que sacar el agua, i el pozo es profundo. ¿O eres tú más grande que nuestro padre Jacob, que bebió de este pozo?”

Jesus continuó su comparación diciendo: “Cualquiera que beba de esa agua volverá a tener sed después; mas el que beba del agua que yo le diere, no sentirá sed jamás; porque el agua que yo le dé, será en él una fuente que brotará hasta en la vida eterna.”

El sentido de estas palabras es este. Así como el hombre sediento gusta de una bebida refrigerante, así todo hombre que no está enteramente corrompido, experimenta interiormente el deseo de hacerse bueno, sensato i feliz. Jesus nos promete apagar esta sed del alma por sus lecciones i por su espíritu. Quiere abrir en nuestros corazones una fuente inagotable de verdad, de santificación i de felicidad. ¿Qué más podríamos desear?

Jesus hizo ver en seguida a aquella mujer, que le era conocido el secreto más íntimo de su corazón. Llenóse ella de espanto al ver que un extranjero sabía sus pecados; parecióle encontrarse ya delante del tribunal del Dios de verdad; i penetrada de vergüenza i arrepentimiento, exclamó: “Señor, eres sin duda

un profeta." Jesus leyó en su corazon, i reconociendo un arrepentimiento sincero, no le dirijió otras reprensiones severas.

Todavía le dijo esta mujer: "Nuestros padres an adorado a Dios sobre esta montaña, i vosotros los judíos decis qe Jerusalem es el punto donde debe adorársele. ¿Quién de nosotros tiene razon?"

Jesus le respondió: "Créeme, mujer: a llegado el tiempo en qe ya no adoraréis al Padre, ni sobre esta montaña, ni en Jerusalem. Vosotros adorais lo qe no conoceis; i nosotros adoramos lo qe conocemos, porque la salud viene de los judíos; mas llega ya el tiempo, o por mejor decir, a llegado, en qe los verdaderos adoradores adorarán al Padre, *en espíritu i en verdad*. Esto es lo qe quiere el Padre; porque Dios es espíritu."

¡Qué leccion tan importante! El alma del ombre es el verdadero templo de la divinidad: i el fondo de nuestro corazon el lugar donde debemos adorar a Dios, qe está presente en todas partes. Es preciso qe estemos íntimamente convencidos de las palabras qe nuestra boca pronuncia; nuestra razon debe reconocerlas, nuestro corazon sentir las, i nuestras acciones ponerlas en práctica. Cualquiera otra adoracion es ipocresía.

La Samaritana conmovida añadió aun: "Yo sé qe el Mesías a de venir; cuando aya venido, nos anunciará todas las cosas." Jesus le respondió: "Yo qe te ablo, yo soi el Mesías."

La Samaritana, fuera de sí misma, dejando allí su cántaro, se volvió a la ciudad para acer partícipes de su alegría a todos los habitantes.

Esta mujer fué la primera persona que tuvo la felicidad de oír de la misma boca de Jesucristo, que él era el Mesías.

Miéntas que Jesus hablaba con la Samaritana, volvieron sus discípulos con los víveres que abian comprado i los ofrecieron a Jesus; mas él les respondió: “Mi alimento es acer la voluntad del que me envió.”

Jesus renunciaba a todo por cumplir la voluntad de su Padre Celestial. Los que qieran llevar el nombre de discípulos suyos, deben seguir su ejemplo.

Al oír los habitantes de Sichar la relacion de la Samaritana, acudieron a la presencia del Señor i le rogaron que tuviese a bien entrar en su ciudad. Jesus, que siempre estaba dispuesto a acojer con bondad las peticiones justas de los ombres, consintió en pasar dos dias en medio de ellos, revelándoles las verdades divinas, i muchos creyeron en él.

Bienaventurados aquellos que llenos de amor i de obediencia creen a Jesus, aun sin averle visto.

17. JESUS PREDICA POR LA PRIMERA VEZ EN NAZARETH.

Jesus volvió a Nazareth, donde abia pasa-

do su infancia i su juventud. Segun su costumbre, entró en la sinagoga el dia del sábado; i cuando todos estuvieron reunidos, levantóse para anunciar que queria leer, como alli solia acerse. Le presentaron en el momento el libro de que se servian en aquel dia, que era el de las profecías de Isaías; i abiéndo-lo abierto, encontró en él un pasaje de la mas alta importancia. Leyó, pues, en alta voz las palabras siguientes:

“El espíritu del Señor está sobre mí; por esto me a consagrado con su uncion; me a enviado para predicar el Evangelio a los pobres; para curar a los que tienen quebrantado el corazon; para anunciar a los cautivos redencion i a los ciegos vista; para poner en libertad a los oprimidos; i para publicar el año favorable del Señor.”

Abiendo acabado de leer, cerró el libro, lo entregó al ministro i se sentó. Todos los asistentes a la sinagoga tenian los ojos fijos en él. Jesus principió así: “La escritura que acabais de oir, se a cumplido ya”, i les dió prueba de ello en un estenso discurso.

Pensad, hijos míos, en todo lo grande i lo importante que encierran aquellas palabras del profeta. ¡Cuánto debemos a Jesus, pues que puede i quiere cumplir todo lo que ellas nos anuncian! De Jesus es de quien abla el profeta; porque él es quien nos libra de nuestros pecados, como lo tiene probado por sus palabras i por sus echos.

Todos oian con relijiosa admiracion las pa-

labras llenas de gracia que salían de su boca. Mas no tardaron en levantarse zelos en sus almas; decíanse a sí mismos: ‘¿Cómo siendo tan pobre, quiere hacerse tan grande? Si puede algo, que se ayude a sí mismo i a los suyos.’”

Jesus penetró sus pensamientos, i les explicó por qué no podia hacer milagros en su presencia, añadiendo: “Ningun profeta fué bien recibido en su patria. En tiempo de Elías, durante la grande hambre, abia muchas viudas necesitadas en Isrrael; i con todo eso Elías fué enviado a una sola casa; la de una viuda de Sarepta. Del mismo modo, en tiempo del profeta Eliseo abia muchos leprosos en Isrrael, i ninguno de ellos fué curado, sino solamente Naaman el Sirio.”

Todos se llenaron de indignacion al oírle hablar así, i no queriendo dejarle continuar se levantaron en tumulto, asieron de él, le echaron de la ciudad, i arrastrándole en seguida asta la cumbre del monte en que estaba edificada Sichar, quisieron precipitarle. Tocaba ya Jesus la orilla del abismo, cuando volviéndose repentinamente, pasó por medio de ellos con tanta calma i tanta dignidad, que todos permanecieron turbados e inmóviles. Así desecharon su salvacion aquellos malos nazarenos.

18. PESCA MILAGROSA.

Un dia que Jesus estaba a orillas del lago de

Genézareth, se encontró mui estrechado por la multitud que se precipitaba a verle i oírle. Dos barcas estaban amarradas a la ribera, una de las cuales pertenecía a Pedro i a su hermano Andres, i la otra a Juan i a Santiago su hermano. Los cuatro acaban de salir de ellas i se ocupaban en remendar sus redes. Jesus entró en la barca de Pedro i le suplicó amigablemente que se separase un poco de la orilla. Pedro condescendió gustoso, i cuando Jesus se ubo sentado en la barca, enseñaba desde allí al pueblo que le escuchaba desde la ribera. Cuando acabó de ablar, dijo a Pedro: “Azte lago adentro, i tira tus redes para pescar.” Pedro le contestó: “Maestro, emos trabajado toda la noche i no emos sacado nada; sin embargo, sobre tu palabra echaré las redes.”

Pedro i su hermano se icieron lago adentro i echaron sus redes, i tan grande cantidad de peces cojieron, que se rompieron las redes; por lo cual icieron señas a sus compañeros de la otra barca para que viniesen a ayudarles; i abiendo venido estos, llenaron las dos barcas asta tal punto que ya se undian. Viendo esto Pedro se sobrecejió de un santo temor, i echándose a los pies de Jesus, le dijo: “Señor, retírate de mí, porque yo soi un ombre pecador.” Jesus le contestó: “No temas; tu empleo será en adelante pescar ombres,” es

decir, traer millares de ellos al reino de Dios. En seguida dirijiéndose a los otros que estaban sobrecojidos de la misma sorpresa, les dijo: "Seguidme, yo osaré pescadores de ombres." Ellos, en efecto, abiendo sacado sus barcas a la ribera, abandonaron sus redes i todo lo que poseian para seguir a Jesus i no separarse mas de él.

¿Qué grandeza divina, i al mismo tiempo, qué humanidad bondadosa se muestran en todas las acciones del Señor!

El Jesus vino en seguida a Capharnaum, que era la patria de Pedro i de Andres; Santiago i Juan le siguieron. La suegra de Pedro adolecía de fiebre: Pedro se lo dijo a Jesus i le suplicó que la aliviase.

El Señor fué a verla, tomóla benignamente de la mano, ordenó a la fiebre que saliese de ella, i en el momento mismo quedó sana. Pudo ya levantarse; i penetrada de reconocimiento, servia con solicitud a Jesus i a sus discípulos, mientras que estaban sentados a la mesa.

Mui luego fué sabido este suceso por toda la ciudad; i en la misma tarde trajeron gran número de enfermos delante de la casa de Pedro. Jesus les impuso las manos; i cada uno de ellos, cualquiera que fuese la naturaleza de su enfermedad, se vió en el mismo instante curado.

Desde entónces anduvo Jesus de ciudad en

ciudad, de aldea en aldea, predicando por todas partes i sanando los enfermos. El asunto de sus discursos, sobretodo en los primeros tiempos, era: "Aced penitencia, el reino de los cielos se acerca." Sus palabras todas estaban llenas de fuerza i de autoridad.

19. SERMON DEL MONTE.

Viéndose Jesus rodeado un dia de una multitud inmensa, subió a un monte i sentóse en él. Sus discipulos se colocaron a su lado, i la multitud en la parte de abajo. Todos los ojos estaban fijos en él, i reinaba el mas profundo silencio. Jesus enseñó al pueblo en estos términos:

"Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

"Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

"Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

"Bienaventurados los que an hambre i sed de justicia, porque ellos serán hartos.

"Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

"Bienaventurados los de corazon puro, porque ellos verán a Dios.

"Bienaventurados los que aman la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

"Bienaventurados los que padecen persecu-

cion por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

“Vosotros sereis felices, cuando por causa mia os carguen de maldiciones, os persigan i calumnien. Regocijaos entónces i saltad de contento, porque una gran recompensa os está guardada en los cielos; porque así persiguieron tambien a los profetas que vinieron ántes de vosotros.”

Entónces Jesus esplicó los mandamientos de Dios i principalmente el del amor a todos los ombres, i dijo:

“No penseis que e venido a derogar la lei i los profetas: no e venido a derogarlos sino a cumplirlos. Porque en verdad os digo, que primero pasarán el cielo i la tierra, que deje de cumplirse en la lei ni una sola letra ni una sola tilde. Os digo que si vuestra justicia no se aventaja a la de los escribas i fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

“Abeis oido que fué dicho a los antiguos: No matarás, i el que matare, merecerá ser condenado por los jueces. Mas yo os digo, que el que se enoja con su prójimo, le dice injurias, o le trata con desprecio, ya es digno de condenacion.

“Si tú, pues, llevas tu ofrenda al altar, i allí te acuerdas de que tu hermano a recibido alguna ofensa de tí, deja tu ofrenda delante del altar i vé a reconciliarte primeramente

con tu ermano; i despues de reconciliado ven a ofrecer tu ofrenda.

“Ponte de acuerdo lo mas pronto posible con tu parte contraria, miéntras estés en camino de acerlo, no sea qe tu parte contraria te entregue al juez, i el juez al alguacil, i seas llevado a la cárcel. En verdad te digó, qe no saldrás de allí asta qe no pagues el último cuartillo.”

“No resistais al mal qe os qieran acer, no os vengueis, no os querelleis. Al qe te iera en la mejilla derecha, preséntale tambien la izquierda, i al qe te ponga pleito por la túnica, abandónale tambien la capa, i al qe qiera qe le llesves una carga mil pasos, llévasela dos mil mas.”

“Amad a vuestros amigos; aced bien a los qe os aborrecen; i rogad por los qe os persigan i calumnien; para qe seais los ijos de aqel Padre qe está en los cielos, qe ace salir su sol sobre los buenos i sobre los malos, i ace llover para los justos i para los pecadores.”

“Porqe si no amais sino a los qe os aman, ¿cuál será vuestro mérito? ¿No acen lo mismo los publicanos? I si vosotros no dais buena acogida sino a vuestros ermanos, ¿qué acéis de particular? ¿No acen así los paganos tambien?”

“Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto.”

Jesús explicó también otros mandamientos. El nos enseña que no basta evitar la impureza; nos prohíbe la mirada inmodesta i los deseos corrompidos del corazón, tanto como las mismas acciones vergonzosas.

No basta que no quitemos nada a otros. Jesús dice: "Dad al menesteroso; no reuseis lo que se os pida prestado."

No basta que no demos falso testimonio ante la justicia, ni que no juremos en falso. Jesús dice además: "Sea vuestra palabra sí, sí, no, no." Cada una de nuestras palabras debe ser la misma verdad.

Lo que Jesús dijo en la continuación de su plática sobre la oración i los demás ejercicios de piedad, es también muy notable.

"Cuidad de no hacer delante de los ojos vuestras buenas obras a fin de ser vistos de ellos; de otro modo no tendréis galardón de vuestro Padre que está en los cielos.

"I así, cuando deis limosna, no sepa vuestra mano izquierda lo que hace vuestra mano derecha. Sea vuestra limosna a escondidas; i vuestro Padre que ve en lo escondido, os recompensará.

"Cuando ayuneis, lavaos la cara, i no os pongáis tristes, como los hipócritas que se desfiguran para mostrar que ayunan: en verdad os digo, que eso será su galardón. No aparezca, pues, a los ojos, que estais ayunando,

sino solo a vuestro Padre que está en lo escondido, i vuestro Padre os recompensará.

“Del mismo modo, cuando oréis, entrad en vuestro aposento, i cerrad la puerta; rogad a vuestro Padre que está en ese lugar secreto; i vuestro Padre os oirá”.

“Cuando oreis, no useis de muchas palabras como los paganos que creen que serán escuchados ablando mucho. No los imiteis; porque vuestro Padre sabe de qué teneis necesidad, aun ántes que se lo pidais.”

“E aquí como debéis orar: Padre nuestro, que estas en los cielos, santificado sea tu nombre; venga a nos tu reino; ágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia dánosle oi; i perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; i no nos dejes caer en tentación; mas líbranos de mal. Así sea.”

“Porque si vosotros perdonais a los ombres sus ofensas, vuestro Padre Celestial os perdonará las vuestras; mas si vosotros no perdonais a los ombres sus ofensas, vuestro Padre Celestial no os perdonará tampoco las vuestras.”

Jesus continúa su discurso, i para advertencia i consuelo de todos los ombres dice lo que sigue:

“No amontoneis tesoros en la tierra; mas aced tesoros en el cielo, donde el orin no los

consume, ni la polilla los roe; i donde no ai ladrones que os los roben. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazón. Vosotros no podeis servir a un tiempo a Dios i al ídolo de vuestras riquezas.”

“Yo os digo: No os afaneis por la vida, por lo que ayais de comer o beber, ni por vuestro cuerpo, o por lo que ayais de vestir; por que los jentiles se afanan por esas cosas, i vuestro Padre Celestial sabe bien lo que necesitais. ¿No es mas el alma que el alimento, i el cuerpo mas que el vestido?

“Mirad las aves del cielo, no siembran ni cosechan, ni tienen graneros; i sin embargo vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? Mirad los lirios del campo, que no trabajan ni ilan. Pues yo os digo, que Salomon, en toda su gloria, jamas estuvo vestido como uno de ellos. Si, pues, Dios viste así la yerba de los campos, que oi es, i mañana va al fuego, ¿no os vestirá mejor a vosotros, ombres de poca fé?

“Buscad, pues, primero el reino de Dios i su justicia, i todas esas cosas os serán dadas por añadidura. No andeis cuidadosos por el dia de mañana; porque el dia de mañana tendrá cuidado de lo que le toca. Bástale a cada dia su afan.”

“Pedid i os será dado; buscad i allaráis; tocad a la puerta i os la abrirán.”

Jesus agregó todavía estas palabras instructivas i animadoras:

“Con el juicio con que juzgáreis, sereis juzgados, i con la medida con que midiereis, sereis medidos. ¿Por qué ves la pajita en el ojo de tu hermano, i no ves la viga en el tuyo?”

“Como quereis que los ombres os traten, tratadlos a ellos; porque esa es la lei i los profetas.”

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta de perdicion, i espacioso el camino que a ella conduce, i muchos ai que entran por ella. Mas, ¡qué angosta i qué estrecha la senda que conduce a la vida, i cuán pocos atinan con ella!”

“Guardaos de los falsos profetas, de los seductores que vienen a vosotros con pieles de ovejas, i por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.”

“No todos los que me dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; sino aquel que ace la voluntad de mi Padre Celestial. A los otros les diré yo en el dia del juicio. Retiraos de mí, los que aceis obras de iniquidad.”

“El que oye mis palabras i las cumple, será como el varon prudente que edificó su casa sobre peña: cayó lluvia, i soplaron vientos, i dieron impetuosamente sobre aquella casa, i no la derribaron, porque estaba cimentada sobre peña. Mas el que oye estas mis palabras

i no las cumple, es como el ombre insensato, que edificó su casa sobre arena; que vino lluvia, i salieron de madre los rios, i soplaron vientos, i estremecieron aquella casa, i cayó, i fué grande su ruina.”

Abiendo concluido Jesus este discurso, qedaron las jentes maravilladas de su doctrina: jamas abian oido enseñar así. Todo el pueblo guardaba un respetuoso silencio, i un relijioso temor se apoderó de él.

A nosotros tambien nos dirige Jesus estas lecciones. ¡Bienaventurado aquel que ace de ellas la norma de su conducta! No nos basta conocer su doctrina, es preciso tambien que nuestras acciones se conformen con ella; porque de esta conformidad de nuestras acciones con los preceptos del Evangelio depende nuestra salvacion.

20 LA IJA DE JAIRO I LA MUJER ENFERMA.

Jesus se allaba en la casa de Mateo, a quien acababa de admitir en el número de sus discípulos. Le abia visto sentado en la oficina de los impuestos, i reconociéndole por un ombre piadoso i sincero, le dijo: “Sígueme.”

Miéntras Jesus conversaba allí con sus discípulos, se acercó a él uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo, cuya ija, que tenia doce años de edad, qedaba agonizando. Jairo, echándose a les pies de Jesus, le dijo

en tono de súplica: "Mi ija acaba de morir, pero ven a imponerle las manos i vivirá." Jesus le levantó del suelo, i le siguió con sus discípulos. Una multitud inmensa se le agolpaba al rededor, i en el camino se le acercó por detras una mujer qe estaba enferma acía doce años, i abiendo consultado en vano a muchos médicos i gastado cuanto tenia en curarse, empeoraba cada dia. Figurábase no aber sido vista, pero ¿cómo era posible ocultar nada a Jesus, al mismo qe penetrando sus intenciones, abia querido socorrerla? Acercósele pues por detras i tocóle solamente la orla del vestido, i en el instante mismo se sintió libre de su dolencia. Jesus, volviendo el rostro, preguntó al pueblo: "¿Quién a tocado mi vestido?" I como nadie respondiese, Pedro i sus otros discípulos le dijeron: "Maestro, ves cómo la multitud te estrecha, ¿i preguntas quién te a tocado?" Pero Jesus repitió su pregunta: conocia la virtud saludable qe abia emanado de él, i miraba a todas partes para fijar los ojos en la mujer qe le abia tocado, i a quien él conocia de antemano. Esta, percibiendo qe nada podia quedar oculto al Señor, i sobrecojida de espanto, se arrojó a sus pies, i le declaró la verdad. Jesus entónces la miró benignamente, i le dijo: "Animo, ija mia; tu fé te a salvado. Vuélvete en paz; ya estás sana." I la mujer vol-

vió a su casa llena de salud i de alegría.

Aun hablaba con ella Jesus, cuando los familiares de Jairo, atravesando por entre la multitud, se llegan a él, i le dicen: “Murió tu ija, ¿para qué molestas al maestro?” Pero Jesus dijo al padre: “No temas; ten confianza, i será salva tu ija.” Jesus le sigue; i llegado a la casa, no permitió que nadie entrase con él, sino Pedro, Santiago, Juan i el padre de la niña. En el interior de la casa no se veia mas que afliccion: todos lloraban i se lamentaban por la muerte de la niña. Segun el uso de aquellos tiempos, flautistas i plañideras abian principiado ya a entonar el canto de muerte. Jesus, que no gustaba de aquel clamor vano, “¿Porqué aceis,” les dijo, “tanta bulla, i porqué llorais? Esta niña no está muerta, sino dormida.” Burlábanse, al oír esto, aquellas jentes groseras, porque abian visto espirar a la niña. Jesus les ordenó que se sosegasen, i entró en el aposento donde estaba el cadáver, llevando solamente consigo a los padres i a sus tres discípulos. Aproximándose vió el cadáver pálido i yerto de la niña que poco ántes florecia como una rosa. El padre estaba a su lado sumido en la mas profunda afliccion, miéntras que la madre, con los ojos llenos de lágrimas, parecia no tener ya fuerzas para resistir al dolor. Vacilaban entre el temor i la esperanza, i rodeaban al Señor, clavando en él la vista co-

mo si le suplicasen con ella. Sus discípulos conmovidos por este espectáculo i llenos de una medrosa esperanza, volvian los ojos, ya a su maestro, ya al cadáver de la niña. Jesus tomó la mano de la difunta, i le dijo con una voz dulce i afectuosa: “Ija mia, levántate;” i al instante mismo se levantó i anduvo.

Jesus le izo traer alimento, i mandó que nadie supiese lo que acababa de suceder. Sin embargo, mui luego se esparció por el pais la fama de esta obra milagrosa.

Adoremos al Todo-Poderoso, que puede restituir los muertos a la vida.

21. CURACION DEL PARALÍTICO.

Llegó otra vez el dia de la fiesta de Pascua i Jesus volvió a Jerusalem. Pensando solamente en aliviar a los desgraciados, era como una necesidad para su amante corazon el salir en busca de ellos.

Fuera de las puertas de Jerusalem corria una fuente saludable, cuyas aguas se recojian en un estanque. De tiempo en tiempo se agitaba el agua; porque el ángel del Señor descendia al estanque, i la movia. Entónces el primero que entraba en ella, quedaba sano, cualquiera que fuese la enfermedad de que adoleciese. Cercaba al estanque un grande edificio,

que se llamaba *Bethsaida* o la casa de misericordia; a donde acudia gran número de ciegos, de parálíticos, de cojos i de otros enfermos; todos los cuales aguardaban con impaciencia el movimiento de las aguas; entre ellos, un pobre parálítico que abia estado treinta i ocho años enfermo. Jesus puso en él los ojos, i sabiendo que abia padecido tanto tiempo, le dijo compasivamente: “¿Deseas la salud?”—“Señor” respondió él, “no tengo quien me eche al estanque en el momento de removerse las aguas; me afano en ir a ellas, pero siempre ai alguno que llega primero.” Jesus le dijo entónces: “Levántate, alza tu camilla i anda;” i en el instante mismo quedó sano: se levantó, se echó a cuestras la cama, i se fué, penetrado de alegría i reconocimiento. Viendo Jesus al pueblo que se juntaba en torno a él, se alejó aceleradamente ántes que el ombre a quien acababa de dar la salud ubiese podido informarse del nombre de su bienchor.

Era aquel un dia de sábado, i los judíos que le veian atravesar la ciudad llevando consigo su lecho, esclamaban: “Oí es el sábado, i no te es permitido llevar tu lecho.” Pero él les respondia: “El que me sanó me dijo: “toma tu lecho i anda.” Entónces le preguntaron: “¿Quién es el que te sanó?”; mas él no pudo decirles su nombre. Poco despues le encontró

Jesus en el templo, i le dijo: “Ya ves que asido curado; no peques mas en adelante, no sea que te suceda algo peor.”

Este enfermo, como muchos otros que se encontraban en aquel edificio, se abia acarreado sus padecimientos por culpas cometidas en la juventud. Con treinta i ocho largos años de dolor i de miseria expió algunos momentos de vergonzosos e insensatos placeres.

Odiad siempre el vicio, no sea que os suceda una desgracia semejante.

Este ombre supo que Jesus era quien le abia curado, i fué a buscar a los judíos para comunicárselo. Mas esta noticia solo sirvió de aumentar la aversion que ya le tenian; i aun buscaron medios de acerle morir porque abia curado un enfermo en dia de sábado. Jesus, que conocia sus malas intenciones, les dijo estas notables palabras: “Mi Padre no cesa de obrar por la salud de los ombres, i yo lo ago también.” Esta es la verdadera celebracion del dia consagrado al Señor, que por medio de la beneficencia se santifica dignamente, i no por la ociosidad.

22. ELECCION I MISION DE LOS DOCE APÓSTOLES.

Cuando Jesus ubo vuelto a Galilea, una

multitud innumerable de pueblo se reunió de nuevo en torno a él. No solo los habitantes de la Judea, sino tambien de los países lejanos, de Tiro, de Sidon, i desde las orillas del Océano venian a oírle. Se agolpaban alrededor i cada dia se aumentaba mas i mas la muchedumbre. Constantemente estaba rodeado de ciegos, sordos, paralíticos, mudos i toda clase de enfermos, qe se esforzaban en acercársele, creyendo recobrar así la salud; i Jesus los curaba a todos, aunque no faltaba entre ellos gran número de ombres débiles i pecadores.

Sentiase penetrado de la mas viva compasion, al ver toda esta jente qe le cercaba, ansiosa de oír sus amonestaciones. Estaban agoviados de males i andaban dispersos, como ovejas qe no tienen pastor. El aspecto de su miseria conmovió el compasivo corazon del Mesías. "Copiosa es la mies," dijo a sus discípulos, "mas ai pocos obreros; rogad pues al dueño de la mies qe envíe obreros para segarla." Entónces resolvió tomar una nueva disposicion para la salud de su pueblo; i despues de aber terminado la penosa tarea del dia, subió a una montaña i pasó la noche entera en meditacion a presencia de Dios. La oracion era el solaz de su alma.

Al amanecer del otro dia, elijió Jesus doce de sus discípulos, de los cuales estaba parti-

cularmente satisfecho, i los izo venir cerca de sí. Sus nombres eran: *Simon*, llamado *Pedro*, i *Andres*, su hermano; *Santiago*, i *Juan*, su hermano, *Felipe* i *Bartolomé*, *Tomas* i *Mateo*, *Santiago* el mas jóven de este nombre; *Judas Tadeo*, *Simon el Cananeo*, i *Judas Iscariote*. Enviólos de dos en dos, dándoles el poder de predicar públicamente i de sanar los enfermos, por lo cual los llamó sus apóstoles, es decir; sus enviados. “Id, les dijo; mas no vayais todavía al pais de los paganos, ni a las ciudades de los Samaritanos: dirijíos primero a las ovejas descarriadas de la casa de Isrrael. En los lugares adonde vayais, predicad la penitencia, diciendo qe el reyno de los cielos está cercano. Sanad los enfermos, resucitad los muertos, limpiad a los leprosos, lanzad los demonios: dad graciosamente lo qe graciosamente abeis recibido. No lleveis con vosotros mas qe un baston de caminante; porque el qe trabaja merece qe se le dé alimento. Cuando entreis en una casa, decid: Sea la paz en esta morada! Si esta casa es digna, vuestra paz recaerá sobre ella; i si no lo es, vuestra bendicion volverá a vosotros.”

“I en todos los lugares donde no os reciban o donde vuestras palabras no sean oidas, al salir de aquella casa, o de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. Dígoos, en

verdad, que en el dia del juicio, Sodoma i Górra serán tratadas con ménos rigor que esa ciudad.”

“Yo os envio como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, i sencillos como palomas; mas guardaos de los ombres, porque muchos os aborrecerán por causa mia.”

“El discípulo no es mas que el maestro, ni el esclavo es superior a su amo. Conténtense pues el discípulo i el esclavo, si se les trata como al amo i al Señor. Si an maldecido al padre de familia, ¿cómo tratarán a sus siervos?”

“No temais a los que matan el cuerpo i no pueden acer morir el alma; temed mas bien a los que pueden aceros perder el cuerpo i el alma en los infiernos. ¿No se venden dos pajarillos por un ochavo? i sin embargo, ninguno cae sobre la tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Vosotros, pues, que valeis mucho mas, no temais. Aun los cabellos de vuestras cabezas están contados.”

“A todo el que me reconozca delante de los ombres, yo tambien le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos; i todo el que me reniegue delante de los ombres, o que se avergüence de mí i de mi doctrina, yo tambien le renegaré delante de mi Padre, que está en los cielos, i no le reconoceré por uno de los míos.”

“El que ama a su padre o a su madre mas que a mí, no es digno de mí. El que ama a su hijo o a su hija mas que a mí, no es digno de mí. El que no toma su cruz i me sigue, no es digno de mí.”

“El que os recibe, me recibe a mí, i el que me recibe, recibe tambien al que me a enviado; i todo el que aya dado un vaso de agua a cualquiera de sus ermanos, os lo digo en verdad, no perderá su recompensa.”

Despues que Jesus les ubo dirigido estas exortaciones, se fueron sus discípulos de dos en dos a predicar en las ciudades i en las aldeas, exortando a los ombres a acer penitencia, anunciándoles el reino de los cielos i curando los enfermos. Jesus partió de Galilea, i siguió predicando sin cesar por todas partes i aciendo todo jénero de beneficios.

23. DOCTRINA DE JESUS EN PARABOLAS.

Encontrándose Jesus de nuevo en las riberas del lago de Genezareth, subió otra vez sobre una barca, miéntras que el pueblo le escuchaba desde la orilla. Este dia predicó su santa doctrina bajo la forma de diversas parábolas.

“Un sembrador, dijo, fué a sembrar su campo. Una parte de la semilla cayó a lo lar-

go del camino, donde fué pisoteada, i vinieron las aves del cielo i se la comieron. Otra parte cayó en lugares pedregosos, donde no abia tierra, i nació prontamente, porque no abia penetrado en el suelo; mas el sol en seguida la quemó, i como no tenia raíces profundas, se secó. Otra parte cayó en medio de espinas, i abiendo crecido las espinas la aogaron. Otra parte, en fin, cayó en buena tierra, i dió fruto: un grano produjo ciento, otro setenta i otro treinta.”

Jesus mismo esplicó el sentido de esta parábola.

“La simiente, dijo, *es la palabra de Dios*. Aquellos en quienes cae esta simiente a lo largo del camino, son los que escuchan esta palabra, pero no la comprenden. El enemigo de los ombres viene en seguida, i se lleva lo que abia sido sembrado en su corazon, para impedirles que crean i se salven. La simiente que cae sobre las piedras, comprende a todos aquellos que escuchan la palabra divina i la reciben con placer; mas no echa raíces en su corazon. No tienen perseverancia i creen solamente por un tiempo; i cuando los trabajos vienen a erirlos, o bien cuando se levanta una persecucion contra la doctrina santa, se dejan arrastrar, i en el dia de la tentacion se retiran. La simiente que cae en las espinas, señala a los que an oido la palabra,

pero que, yéndose, la dejan sofocar por los cuidados i las inquietudes terrenas, por los deseos engañosos de la ambicion o de la codicia, por los placeres mundanos que jerman en su corazon, los cuales acen que no dé fruto la semilla divina. Mas los que reciben la simiente en buena tierra, son los que *escuchan* la palabra de Dios, la *comprenden*, la *reciben* en un corazon puro, la *retienen* i la *conservan*, i *dan fruto* con perseverancia, i producen ciento o sesenta o treinta por uno."

En otra parábola traza Jesus la istoria entera del reino de Dios sobre la tierra. "El reino de los cielos, dijo, es semejante a un ombre que abia sembrado buen grano en su campo. Pero miéntras que sus siervos dormian, vino su enemigo i sembró zizaña (vallico) en medio del trigo i se fué. Cuando ubo brotado la semilla i dado espigas, apareció tambien la zizaña; i los siervos del padre de familia vinieron a decirle: "Señor, ¿no as sembrado buen grano en tu campo? ¿de dónde viene pues, la zizaña?" El padre de familia respondió "Mi enemigo es quien lo a echo." "¿Qereis, dijeron los siervos, que vamos a arrancarla?" "No, les contestó, no sea que al arrancar la zizaña, arranqueis al mismo tiempo el buen grano. Dejadlos crecer juntos asta la siega; i al tiempo de la siega, yo diré a los segado-

res: Cojed primero la zizaña i atadla en gavillas para qemarla; pero guardad el buen grano en mi granero.”

Jesus esplicó tambien el sentido de esta parábola: “*El qe siembra el buen grano, es el ijo del ombre; el campo es el mundo; el buen grano, son los ijos del reino de los cielos; la zizaña son los ijos de la iniquidad; el enemigo qe la a sembrado es el diablo; los segadores son los ángeles; el tiempo de la siega es el fin del mundo. I así como al tiempo de la cosecha es separada la zizaña del buen grano, i echada al fuego, de la misma manera al fin del mundo los malos serán separados de los buenos, i precipitados en los abismos ardientes, donde sufrirán suplicios eternos. El ijo del ombre enviará a sus ángeles, los cuales separarán de su reino a todos aquellos qe ayan sido ocasion de caída i de escándalo; i los qe ayan cometido iniquidad, serán precipitados en el orno encendido. Allí será el llorar i el cruji de dientes. Entónces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre.*”

¡Oh! ¡cuán espantosa es la suerte qe aguarda a los malvados en la otra vida! serán por siempre separados de la dulce sociedad de los buenos, privados de la presencia del Padre Celestial, eternamente entregados a un fuego devorador, qe los atormentará sin consumirlos jamas; durando su desventurada suerte tanto tiempo como Dios mismo, sin experimentar el menor alivio. Padeecer, llorar, jemir, tal será su patrimonio por toda la

eternidad. ¡Oh hijos míos! ¿queríais que os tocara este destino espantoso? Aced, pues, todo esfuerzo para evitarlo; i lo conseguiréis, absteniéndoo de lo malo, practicando la virtud i observando fielmente todos los preceptos de un Dios que os dispensa con liberalidad las gracias necesarias, i que no os impone deberes, sino para aceros eternamente felices.

24. OTRAS PARABOLAS DE JESUS.

“El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza que un ombre toma, i siembra en su campo. Este grano es la mas pequeña de las semillas; pero despues de sembrado, brota, crece, se eleva i se convierte en un árbol tan grande, que las aves del cielo vienen a posar en sus ramas.”

Esta parábola, hijos míos, es una imájen natural de la Iglesia de Jesucristo, que, débil i pequeña en sus principios, se a estendido sobre toda la superficies de la tierra, i a recibido en su seno a todas las naciones del mundo.

“El reino de los cielos, dijo tambien Jesus, es semejante a la levadura que toma una mujer, i la mezcla con tres medidas de arina, asta que toda la masa fermenta.”

Todo nuestro ser debe penetrarse del espíritu divino de Jesus, de manera que todas nuestras acciones i todas nuestras palabras lleven en sí mismas algo de celestial.

“El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, i a una perla que compra un ombre a precio de su fortuna entera.”

Nada sea para nosotros mas precioso que nuestra santificacion i nuestra salvacion eterna.

“Cada árbol se conoce por su fruto. Todo árbol que produce malos frutos será cortado i echado al fuego.”

Buenas resoluciones i palabras piadosas no valen nada en sí mismas, si no son acompañadas de buenas obra: no tienen mas valor que un árbol, que adornado de ojas i flores, no da fruto alguno.

“¿Quién de vosotros es aquel que teniendo cien ovejas, si llega a perder una de ellas, no deja las noventa i nueve en el desierto para ir en busca de la perdida, asta allarla; i al allarla, pónela lleno de alegría sobre sus espaldas, i vuelto a su casa, llama a sus amigos i a sus vecinos i les dice: Rejocijaos conmigo, porque allé la oveja perdida?”

Así va Jesus en busca de las ovejas descarriadas, i así se regocijan los ánjeles de Dios por la vuelta del ombre al camino del bien.

“¿Cuál de entre vosotros es el padre que da a su ijo una piedra, cuando le pide pan; o que le da una serpiente en lugar de pescado; o que le da un escorpion, cuando le pide un ue-

vo? Si pues vosotros que sois malos, sabeis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¡con cuánta mayor razon vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a los que se lo piden!

23. LA PECADORA ARREPENTIDA.

Un fariseo, llamado Simon, rogó a Jesus que fuese a comer a su casa. Jesus fué a ella i se sentó a la mesa. Vivía en la misma ciudad una mujer de mui mala reputacion, pero que abiendo aprendido a conocer a Jesus, cambió enteramente de conducta; su corazon se penetró de amor i respeto ácia él, i jemia amargamente por sus pasados estravíos. Tan pronto como supo que Jesus se allaba en casa del fariseo Simon, se apresuró a ir en busca suya.

Entró en la sala en que estaba comiendo; mas no atreviéndose a presentarse a sus ojos, se le acercó por detras, i cayó a sus pies sin poder pronunciar una sola palabra i vertiendo un torrente de lágrimas. Notando que ume decia con ellas los pies del Señor, los enjugó con las trenzas de sus cabellos i los besó. Llevaba un perfume mui precioso en un vaso de alabastro, i lo derramó sobre los pies del Señor.

El dueño de casa, que la miraba en silencio,

decia para sí: “Si este ombre fuera profeta, sabria que la que le toca es una mujer llena de pecados.” I en el fondo de su corazon vituperaba la conducta del Señor. Jesus penetró sus pensamientos, i tomó la palabra en estos términos: “Simon, tengo que decirte.” Este le respondió: “Abla, maestro.” Jesus le dijo entónces: “Un acreedor tenia dos deudores: uno le debia quinientos pesos i el otro cincuenta; i como no tenian con que pagarle, perdonó a ámbos su deuda. Dime, aora, ¿cuál de los dos le amaria mas? Simon respondió, “Creo que seria aquel a quien mas ubiese perdonado.” Jesus le dijo, “As juzgado mui bien.”

No alcanzaba a comprender Simon el sentido de esta parábola. Jesus, volviéndose ácia la mujer, continuó diciendo al fariseo: “¿Ves a esta mujer? Yo entré en tu casa; no me as dado agua para lavarme los piés, i ella los a regado con sus lágrimas. Tú no me as saludado con el ósculo de paz; i ella no a cesado de besarme los piés, desde que se acercó a mí. Tú no as echado aceite sobre mi cabeza; i ella a vertido sobre mis pies un perfume precioso. Declárote, pues, que muchos pecados le serán perdonados, porque a amado mucho; miéntras que aquel a quien se le a perdonado ménos, ménos ama.”

Despues dijo Jesus a la mujer: “Tus pecados te son perdonados, vete en paz.”

Así perdona Jesús con una bondad enteramente divina. ¿Quién podría ser insensible a tanto amor?

26. SENTENCIAS NOTABLES PRONUNCIADAS
POR JESUS EN DIFERENTES OCASIONES.

Un doctor de la lei vino a Jesús i le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el primero i mayor mandamiento de la lei?” Jesús le respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu pensamiento, i con todas tus fuerzas. Este es el mas grande i el primero de los mandamientos; i é aquí el segundo, que es semejante: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. No ai mandamientos mas grandes que estos: ellos encierran la lei i los profetas.” Esta es una de las mas importantes máximas que pronunció Jesús.

Un ombre vino a ver a Jesús i le dijo: “Señor, yo te seguiré; mas permíteme que vaya ántes a despedirme de los que están en casa.” Viendo Jesús que su resolucion no era bastante firme, i que su familia le detendria, le respondió: “El que pone mano en el arado i mira para atras, no es propio para el reino de Dios.”

Caminando Jesús con sus discípulos, se acercó a él un escriba i le dijo: “Yo te seguiré, Señor, adonde quiera que vayas.” Porque

creía que muy pronto iba Jesús a fundar un reino terrestre i a acerle a él un ombre poderoso. Leyendo Jesús en su corazón le respondió así: “Las zorras tienen sus cuevas, i las aves del cielo sus nidos; mas el ijo del ombre no tiene donde reposar su cabeza.”

Estaba Jesús un dia sentado en el templo en frente del cofre de las ofrendas, i consideraba a los que venian a poner allí sus dones. Vió un gran número de ricos que echaban mucho dinero; i tambien vió a una pobre viuda que depositó dos moneditas pequeñas. Llamando entónces a sus discípulos, les dijo: “En verdad os declaro, que esta pobre viuda a dado mas que todos los otros: porque todos ellos an ofrecido a Dios su sobrante; mas ella a dado cuanto tenia.”

Jesús juzga de las acciones de los ombres segun la intencion con que se ejecutan; aprecia en mas una lijera limosna, o un pequeño sacrificio echo con un corazón puro i con la intencion de agradarle a él solo, que las mas abundantes larguezas, i la práctica de las virtudes mas austeras, cuando emanan de un corazón manchado por el vicio, o an sido inspiradas por el deseo de acerse notar de los ombres, i obtener sus sufragios i sus aplausos. Verdad consoladora para vosotros, hijos míos, i que nos enseña que si no nos es dado acer acciones gloriosas i extraordinarias, podemos sin embargo, santificarnos i adquirir méritos infinitos por la observancia de nuestros mas simples i comunes deberes, con tal que los cumplamos por amor de Dios. En nuestras acciones, aun las mas indiferentes, no perdamos nunca de vista esta bue-

na intencion, i digámonos a nosotros mismos : ¡Todo por Dios! Todo por Dios!

Izo uno a Jesus esta pregunta: “Señor, ¿serán pocas las personas que se salven?” Jesus dirijiéndose al que le hablaba i a todos los que le escuchaban, dijo: “Esforzaos a entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos tratarán de entrar por ella i no podrán.”

Un dia acercándose Pedro a Jesus, le preguntó: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano, cuando aya pecado contra mí? ¿Le perdonaré asta siete veces?” Creia entenderse mucho en esto. Mas Jesus le respondió: “No solamente asta siete veces, sino asta setenta i siete veces siete.”

No conservemos jamas resentimiento contra nuestros hermanos; perdonémosles jenerosamente i de corazon todas las ofensas que nos ayan echo: Dios nos lo manda; su precepto es formal e indispensable. Nada ai que Dios deteste tanto como las almas rencorosas i vengativas.

27. MUERTE DE SAN JUAN BAUTISTA.

Eródes, ijo de aquel que abia echo degollar los niños inocentes en Belen, reinaba en la Galilea. Oyendo elojiar a Juan Bautista como un ombre extraordinario, le izo venir a su

corte. Juan, abiéndose presentado, le dirigió las mas severas reprensiones por todas las culpas que abia cometido, i principalmente por el pecado de que se abia echo culpable, casándose con la mujer de su hermano mientras este vivia aun. Eródes profesaba mucho respeto a Juan, le escuchaba con gusto, i seguia en muchas cosas sus consejos; mas en esta ocasion cerró los oidos a sus exortaciones. Desde aquel momento, Erodías su mujer abrigó un odio implacable contra este santo ombre, i resuelta a vengarse, supo inducir a su esposo a que le mandase prender i le sepultase en un calabozo.

Celebraba Eródes su cumpleaños con un espléndido banquete, a que convidó a todos los señores de su corte. La hija de Erodías entró durante el festin, i danzó con tal gracia, que dejó encantados a todos los que se allaban presentes. Eródes mismo estaba enajenado de contento; i luego que cesó el baile, llamó a la niña i le dijo: “Pídeme lo que quieras i te lo concederé, si bien fuese la mitad de mi reino;” i confirmó su promesa con juramento.

La niña salió en busca de su madre, i le dijo: “¿Qué es de pedirle?” “La cabeza de Juan Bautista,” respondió la madre. Volvió la niña a toda prisa i dijo a Eródes; “Te ruego que me des en este instante en una fuente la cabeza de Juan Bautista.”

Eródes se estremeció de orror, i se aflijó profundamente. Sin embargo, como abia echo juramento a presencia de todos los qe estaban a la mesa, no se atrevió a decir qe no. Mandó, pues, a uno de sus guardias qe le trajese la cabeza de Juan. El guardia se encaminó a la cárcel i cortó la cabeza al profeta. Esta cabeza sangrienta, colocada en una fuente, fué entregada a la niña, qe la llevó inmediatamente a su madre.

No creais,ijos míos, qe Eródes estuviese obligado a cumplir aquel juramento insensato. Al acerlo se abia echo culpable de un gran pecado; i cumpliéndolo cometió otro horrible crimen; pues sacrificó la cabeza del justo al odio atroz de una mujer qe qeria vengar en su sangre los reproches qe le abia echo por su mala conducta. Así, la muerte de San Juan Bautista fué el resultado de una espantosa reunion de crímenes i de sacrilejos; pero muriendo de este modo, obtuvo el Santo Precursor de Jesucristo la gloriosa palma del martirio, i nos enseñó con su ejemplo a morir, ántes qe traicionar los intereses sagrados de la verdad i de la religion.

28. JESUS EL DIVINO AMIGO DE LOS NIÑOS.

Segun lo tenia de costumbre, abia pasado Jesus el dia entero rodeado de una muchedumbre de jentes, predicando el Evanjelio i curando los enfermos qe le traian. Sobrevenida la noche, todo el concurso se iba retirando.

do poco a poco, i Jesus se disponia tambien a partir, cuando vió acercarse muchas madres, qe penetradas de confianza i de amor, le traian sus niñitos, para qe les impusiese sus manos i les diese su bendicion.

Los discípulos, qe esto veian, los rechazaban con aspereza; consideraban qe estaria mui fatigado su maestro, i no qerian qe le detuviesen mas tiempo. Pero Jesus desaprobó su conducta, porque amaba mucho a los niños. Con una bondad celestial los allegó a sí, diciendo a sus discípulos: “Dejad venir a mí los niñitos, i no se lo estorbeis; porque el reino de los cielos es para los qe se les asemejan. En verdad os digo, qe el qe no reciba el reino de Dios como un niño pequenuelo, no entrará en él.” I abrazándolos, los bendijo imponiéndoles las manos.

Despues, volviéndose ácia las otras personas qe le rodeaban i a sus discípulos, les dijo, con un tono severo i enérgico: “Todo el qe reciba a uno de estos pequenuelos en mi nombre, me recibe a mí, i a todo el qe escandalice a uno de estos pequenuelos qe creen en mí, mejor le sería qe le pusiesen una rueda de molino al cuello i qe le echasen al fondo del mar. ¡Ai de aquel ombre por quien venga el escándalo!”

“Si vuestra mano o vuestro pié son para vosotros un motivo de pecado, cortadlos i arro-

jadlos léjos de vosotros; porque mas os vale que entreis en la vida con un solo pié i una sola mano, que tener los dos, i ser echados en el fuego que jamas se apaga.”

“Guardaos de despreciar a estos niñitos, porque os declaro que sus ánjeles ven sin cesar el rostro de mi Padre en los cielos.”

Hijos míos, admirad el vivo i tierno cariño de Jesus a todos los de vuestra edad. Sois un objeto mui particular de su ternura i de su amor; se complace en daros las mas afectuosas señales de su bondad, i solo ama a sus discípulos en cuanto se acen semejantes a vosotros por su candor, su sencillez i su inocencia. Conservad, pues, mui cuidadosamente esas preciosas virtudes que os aseguran el amor de nuestro Dios. Guardaos, como de la muerte, de no perder jamas el inestimable depósito de vuestra inocencia. Amad sinceramente a Jesus, que tanto os ama, i preferid mil veces la muerte, ántes que ofenderle i serle infieles.

29. TRANSFIGURACION DE JESUS.

Un dia llevó Jesus consigo a tres de sus discípulos, que eran Juan, Pedro i Santiago, i los condujo a un sitio retirado en la cima de un monte. Llegado allí, púsose a orar, i una repentina mudanza se dejó ver en toda su figura. Brillaba su rostro como el sol, sus vestidos tomaron el color de la nieve, i resplandecian de luz. Al mismo tiempo aparecieron

dos ombres rodeados de una claridad celestial: eran Moises i Elías: llenos de majestad i gloria, conversaban familiarmente con Jesus. Los tres discípulos, poseidos de un santo respeto, contemplaban esta aparicion maravillosa; i Pedro transportado de alegría, exclamó: “Maestro, estamos mui bien aquí: agamos, si quieres, tres tiendas; una para tí, otra para Moises, i otra para Elías.” No sabia lo que se decía; estaba enajenado de júbilo.

Ablaba todavía Pedro, cuando los cubrió una nube resplandeciente, de la cual salió una voz que pronunció estas palabras: “Este es mi ijo mui amado, en quien tengo toda mi complacencia; escuchadle!” Los discípulos sobrecojidos de terror se prosternaron, poniendo la frente en la tierra.

Jesus, aproximándose, los tocó i les dijo: “Levantaos; no temais.” Levantáronse; pero ya solo vieron a Jesus con su aspecto ordinario.

Al bajar del monte, les dijo Jesus: “No digais a nadie lo que abeis visto, asta que el ijo del ombre aya resucitado de entre los muertos.” Mas los discípulos no comprendieron lo que significaban estas palabras “resucitar de entre los muertos,” i se preguntaban unos a otros lo que abria querido decir el Señor. Entonces Jesus les abló así: “Escuchad bien estas palabras: El ijo del ombre será entrega-

do en manos de los judíos que le darán muerte; mas al cabo de tres dias resucitará." Todos estos discursos acian poca impresion en sus almas, porque no podian comprender el sentido.

Sobre este monte se izo ver Jesus en toda su gloria como ijo de Dios. Sigamos sus pasos en la tierra, para que nos sea concedido verle así en el cielo.

Jesus envió tambien otros setenta i dos discípulos, con el mismo encargo que los doce primeros. Los efectos producidos por la predicacion de su doctrina se estendian cada dia mas.

30. EL IJO PRODIGO.

Jesus gustaba de enseñar por parábolas. Una de las mas tiernas i bellas de que se sirvió, es la siguiente:

"Un ombre tenia dos ijos. El mas jóven vino i dijo a su padre: Padre mio, dame la parte que me a de tocar en tu erencia. El padre izo la particion de sus bienes entre sus dos ijos, i pocos dias despues, el mas jóven, abiendo juntado cuanto tenia, se fué a otra tierra donde dispó toda su fortuna en escesos i disolucion. Cuando lo ubo perdido todo, se

fué de allí, i se puso a servir a uno de los habitantes del pais, qe le envió a su cortijo para qe pastorease sus cerdos: se ubiera tenido por un feliz saciando su ambre con las cáscaras qe los cerdos comian; pero ni aun eso le dejaban. Al cabo, pensando en su triste suerte, se dijo a sí mismo: ¡Cuántos gañanes en la casa de mi padre tienen el pan de sobra! i yo qe sois ijo, me estoi aquí muriendo de ambre! Me levantaré, iré a la casa de mi padre, i le diré: Padre mio, pequé contra el cielo i contra tí, i no soi digno de ser llamado ijo tuyo; trátame como a uno de tus esclavos. Partió pues, i se fué en busca de su padre. El anciano le alcanzó a ver desde lejos, i movió de compasion, corrió a él, se arrojó sobre su cuello i le besó. Padre mio, le decia su ijo: pequé contra el cielo i contra tí, i no merezco llamarme ijo tuyo. Mas el padre le interrumpió, i dijo a sus siervos: Traed al momento los vestidos mas ricos i vestidle con ellos; ponedle un anillo en el dedo, i zapatos en los pies. Traed tambien un ternero cebado i matadlo. Agamos un festin en celebracion de su vuelta; porque este ijo mio qe veis aquí, era muerto i a resucitado; le abia perdido i le allo.”

¡Qué benignidad paternal! Así se muestra Dios a los pecadores verdaderamente arrepentidos.

“Allábase el ijo primojénito en el campo en el momento de la llegada de su ermano; i como volviendo a su casa oyese qe tañian instrumentos de música i cantaban, llamó a uno de los criados i le preguntó la causa. El criado le respondió: Tu ermano a vuelto: i tu padre a echo matar el ternero mas gordo por qe le a visto llegar en buena sa'ud. Enojóse entónces el primojénito i no qiso entrar. Su padre salió en persona, i le instaba cariñoso a qe entrase a tomar parte en el regocijo jeneral. Mas el ijo respondió á su padre: Tantos años a qe te sirvo, i jamas e desobedecido tus órdenes, i con todo eso no e merecido qe una sola vez me ayas dado un cabrito siqiera para divertirme con mis amigos. I para este otro ijo qe a consumido toda su fortuna en malas compañías, cuando a vuelto, as echo matar un ternero cebado. Respondióle entónces el padre: Ijo mio, tú estás siempre conmigo i todo lo qe tengo es tuyo. Pero ¿no era justo acer un festin i regocijarnos, porqe este tu ermano era muerto i a vuelto a la vida; estaba perdido, i le emos allado?

No seais jamas duros i egoistas para con vuestro prójimo, como el ermano de qe se abla en esta parábola; sed mansos i misericordiosos como aquel padre, o mas bien como nuestro Padre qe está en los cielos.

31. MISERICORDIA I DUREZA DE CORAZON.

Jesus contó un dia lo que sigue: “Un ombre que iba de Jerusalem a Jericó, cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron, le cubrieron de eridas, i se fueron dejándole medio muerto. Un sacerdote que venia por el mismo camino, le vió i pasó adelante. Un levita que tambien acertó a pasar por allí, le miró i siguió su camino. Mas un samaritano que transitaba tambien por aquel lugar, se movió a compasion al verle. Llegóse a él, vertió aceite i vino sobre sus eridas, se las bendó, i alzándole sobre su caballo, le llevó a una posada i le asistió. I como al dia siguiente se viese obligado a continuar su viaje, sacó de su bolsa algunas monedas, las dió al posadero i le dijo: “Cuida bien a este ombre; i todo lo que gastares en él, yo te lo pagaré a mi vuelta.”

Tal es el verdadero amor al prójimo; asiste al que se encuentra necesitado, aunque vea en él un ombre entregado al error.

“Id, pues, añadió el Señor, i aced lo mismo.”

Otro dia, ablando Jesus del reino de los cielos, dijo: “Un rei quiso tomar cuentas a todos sus servidores. Uno de ellos que se presentó, le debía diez mil talentos; i no pudien-

do pagarlos, se incó de rodillas delante de su señor, i le rogó diciendo: Señor, no te enojeis con migo. Aplacado el rei con sus ruegos, tuvo piedad de él i le perdonó toda su deuda.

“No bien ubo salido este ombre, cuando encontrando a uno de sus compañeros qe le debia cien dineros, asióle del cuello, diciéndole: págame lo qe me debes. Su compañero se echó a sus pies rogándole encarecidamente qe tuviese paciencia. Mas no quiso escucharle, i le izo poner en la cárcel asta qe le pagára su deuda.

“El rei, sabido el caso, le mandó llamar i le dijo: Mal servidor; yo te perdoné tu deuda, porque me movieron tus ruegos. ¿No debias, pues, compadecerte de tu compañero como yo me e compadecido de tí? I al momento izo el rei poner a aqel ombre duro en la cárcel, asta qe le pagase su deuda.”

“Así, añadió Jesus, os tratará mi padre, si no perdonais de corazon a vuestros ermanos.”

32. EL RICO I EL POBRE.

“Abia un ombre rico qe estaba vestido de púrpura i daba todos los dias convites espléndidos. Abia tambien un pobre llamado Láza-

ro, tendido delante de la puerta de este rico, i cubierto de llagas. Ubiera querido satisfacer su hambre con las migajas que caían de la mesa del rico, pero nadie le acia caso: solo los perros venian a lamerle las llagas. El pobre Lázaro murió, i fué llevado por los ángeles al seno de Abraam; murió tambien el rico i fué precipitado en el infierno. Desde aquella morada de tormento, levantó los ojos, i viendo de léjos a Abraam, i a Lázaro en su seno, exclamó: Padre Abraam, ten piedad de mí, i manda que venga Lázaro, para que moje la punta de su dedo en el agua, i me refresque la lengua; porque sufro terribles tormentos en estas llamas. Mas Abraam le respondió: Ijo mio, acuérdate que tuviste bienes en el mundo, i Lázaro miseria i llagas. Por esto recibe ahora consuelos, mientras que tú padeces tormentos. Ai un grande abismo entre tí i nosotros; no es posible pasar de este lugar al tuyo, ni venir de donde tú estás a donde nosotros estamos. El rico respondió: Suplícote, padre Abraam, que al ménos envíes a Lázaro a la casa de mi padre; porque yo tengo allí cinco hermanos, i quisiera les dijese lo que paso, para que no vengan ellos tambien a este lugar de suplicio. Abraam le contestó: Ellos tienen a Moises i a los profetas; escúchenles. Ah! respondió el rico, no lo arán. Abraam terminó por estas palabras: Si no escuchan a Moises i a los pro-

fetas, tampoco creerán, aun cuando alguno de los muertos resucitára.”

Mas vale ser en la tierra el pobre i piadoso Lázaro, que el rico disipador i duro de corazón. El uno despues de aber sufrido dolores pasajeros, es transportado despues de su muerte a la mansion de la bienaventuranza; miéntras el otro, despues de vanos placeres, que no podian acerle feliz, porque dejaban siempre en su pecho pesares i remordimientos, es lanzado a los abismos ardientes, donde es condenado por toda la eternidad a tormentos indecibles.

33. LAS VIRJENES PRUDENTES I LAS VIRJENES FATUAS.

“Sucedirá lo mismo en el reino de los cielos, dijo Jesus, que a diez vírjenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias, i las otras cinco, prudentes. Las vírjenes necias tomaron sus lámparas, i no llevaron aceite consigo; las prudentes, al contrario, tomaron sus lámparas, i llenaron vasos de aceite: Como el esposo tardaba en venir, durmiéronse todas. Mas ácia la media noche despertaron sobresaltadas oyendo gritar: E aquí el esposo que llega; venid a alumbrarle. Levantáronse todas las vírjenes i prepararon sus lámparas; i las necias dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se a-

pagan. Mas las prudentes les respondieron: No podemos, porque no alcanzaria para todas; id mas bien a donde venden i comprad el que ayais menester. El esposo vino durante la ausencia de estas, i las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, i cerróse la puerta. Volvieron entónces las vírgenes necias i exclamaron: Señor, Señor, abre la puerta. Mas el esposo respondió: En verdad os digo, que yo no os conozco.”

¿De qué sirven lámparas sin aceite? ¿De qué sirven los ejercicios exteriores, si no son animados i vivificados por la pureza de la intencion? Ejercicios exteriores, o propósitos ineficaces, no nos bastan para conseguir la bienaventuranza eterna.

34. DIVERSOS SUCESOS INSTRUCTIVOS.

Abiendo venido Jesus a Cafarnaum junto con sus discípulos, se dirijieron a Pedro los que cobraban el tributo para la conservacion del templo, i le dijeron: “¿No paga tributo tu maestro?” Pedro les respondió: “Sí, paga;” i al instante fuése a Jesus para darle noticia de aquella pregunta. Mas Jesus, que todo lo sabia, se anticipó diciéndole: “¿Qué te parece, Simon? ¿De quiénes perciben los reyes tributos e impuestos? ¿De sus ijos o de los estraños?” Pedro respondió: “De los estraños.” “Luego

los ijos están exentos, continuó Jesus. Pero para no escandalizarlos, vé al mar, echa el anzuelo, i toma el primer pez que se presente: ábrele la boca, i allará en ella una pieza de plata que valdrá el doble del tributo que se paga ordinariamente. Tómalala i dásela a los recaudadores por mí i por tí." Pedro obedeció: encontró en efecto la moneda de plata, i la llevó a los recaudadores. Jesus se manifestó siempre justo con todos, i obedeció voluntariamente a las autoridades.

Volviendo Jesus otra vez a Jerusalem, envió uno de sus discípulos a una aldea de los Samaritanos, a que le preparase alojamiento para la noche; mas los habitantes se negaron a recibirle. Al oír esta noticia dos de sus discípulos, Santiago i Juan, le dijeron: "Señor, ¿quereis que mandemos que descienda sobre ellos el fuego del cielo i los consume?" Jesus les respondió con severidad: "Vosotros no sabeis de qué espíritu os allais animados. El ijo del ombre no a venido para acer perecer a los ombres, sino para salvarlos."

El zelo que desea dañar a otros es reprobado de Dios.

Durante sus peregrinaciones entró Jesus en Bethania; Marta i María le recibieron en su casa. María acompañando a los que escuchaban los discursos del Salvador, se sentó a sus pies llena de atencion i de recojimiento.

Marta, por el contrario, cuidaba mucho de los menesteres domésticos, como que deseaba dar buen hospedaje al Señor. Parándose delante del Señor, le dijo: “¿No ves, maestro, que mi hermana me deja servirte sola? Dile que venga a ayudarme.” Jesús le respondió: “Marta, tú te inquietas i andas afanada por muchas cosas; pero una sola es necesaria. María a elegido la mejor parte, i no le será quitada.”

Una sola cosa es necesaria, que es escuchar i observar la palabra de Dios, es decir, sus preceptos divinos: en esto estriba todo el negocio de la salvacion, que es lo único que merece verdaderamente nuestros cuidados i esfuerzos; porque si nos salvamos, todo lo abrimos conseguido, i si nos condenamos, lo abrimos perdido todo para siempre.

35. RESURRECCION DE LAZARO.

Lázaro, hermano de Marta i de María, se hallaba enfermo en Bethania. Sus hermanas llenas de confianza en Jesús, le enviaron un mensajero para decirle: “Señor, aquel a quien tanto amas está enfermo.” Oyendo esto, dijo así Jesús: “Esa enfermedad no es mortal; mas es para gloria de Dios, para que el ijo de Dios sea glorificado por ella.” Permaneció aun dos dias en el lugar donde recibió la noticia, i al tercero dijo a sus discípulos: “Volvamos a Judea; nuestro amigo Lázaro duerme el

sueño de la muerte ; voi a despertarle.”

Jesus supo a su llegada que acía ya tres dias que Lázaro estaba en la sepultura. Marta corrió a toda prisa a su encuentro, i así que le vió, le dijo: “Señor, si ubieras estado aquí, no abria muerto mi ermano; pero yo sé que aun así, todo lo que pidas a Dios, te lo concederá.”

Jesus respondió: “Tu ermano resucitará.” “Ya lo sé,” respondió Marta, “resucitará en la resurreccion del último dia.” Jesus dijo: “Yo soi la resurreccion i la vida: el que creyere en mí, aun cuando fuese muerto, vivirá; i el que viviere i creyere en mí, no morirá jamas. ¿Crees esto que te digo?” Marta respondió: “Sí, Señor; yo creo que eres el Cristo, el ijo de Dios vivo, que a venido a este mundo.”

Cuando Marta ubo acabado de ablar, se fué a prevenir en voz baja a su ermana María, diciéndole: “El maestro a venido, i pregunta por tí.” María se levantó al momento i fué a buscar a Jesus, i los que la rodeaban la siguieron fuera de la aldea, asta donde estaba el Señor.

María se arrojó a los piés de Jesus, i llorando a todo llorar, le dijo: “Señor, si ubieras estado aquí, no abria muerto mi ermano.” I los judíos que abian venido con ella, se pusieron tambien a llorar.

Jesus se sintió profundamente conmovido

con aquellas lágrimas, i lleno de compasion, “¿Dónde le abeis puesto?” les dijo: i lloró tambien. Tan tiernamente le amaba!

Penetrado de dolor, llega a la sepultura, que era una gruta cerrada con una losa. “Quitad la losa,” dijo Jesus. “Señor, dijo Marta, ya está ediondo.” Mas Jesus le respondió: “¿No te dije que si creyeres, verias la gloria de Dios?” La piedra fué removida, Jesus levantó los ojos al cielo i oró; i luego exclamó en alta voz: “Lázaro, sal afuera;” i Lázaro salió al instante.

Tal es el poder de Jesucristo: con una sola palabra puede resucitar los muertos i volverlos a la vida. Pero por admirable que parezca el prodijio que acaba de obrar en favor Lázaro, nos atrevemos a decir que su misericordia obra todos los dias mas grandes maravillas. El ombre desventurado cuyo espíritu sucumbió bajo los golpes del pecado mortal, si tocado al fin por la gracia omnipotente del Dios que ultrajaba, i poseido de un arrepentimiento sincero, viene a echarse a los piés del ministro depositario de la misericordia divina, i le hace una umilde confesion de sus miserias i flaquezas, al momento mismo es restituido a la vida de gracia; no bien a pronunciado el ministro sagrado sobre la cabeza de este difunto las palabras de salud, cuando el cielo se abre, toda la corte celestial contempla atenta aquel milagro de clemencia, i el divino Jesus, obedeciendo en cierto modo a la voz de su ministro, ratifica en el cielo la sentencia de absolucion pronuneciada en la tierra.

36. JESUS ES UNJIDO POR MARÍA.

Una multitud de judíos que presenciaron aquel milagro, creyeron en él; otros contaron a los fariseos lo que acababa de pasar, i el gran consejo resolvió acerle morir. Para ponerse al abrigo de sus persecuciones, se retiró Jesus asta los límites de Isrrael; pero seis dias ántes de la fiesta de Pascua volvió a Bethania.

Lázaro i su ermana no sabian cómo demostrarle su agradecimiento i su respeto. Se le preparó de comer en la casa de un ombre llamado Simon, a quien Jesus poco ántes abia curado de la lepra. Miéntras Lázaro estaba a la mesa con él, i Marta le servia, María trajo, en un vaso de alabastro, aceite oloroso de nardo puro, de un gran valor, i arrojándose a sus piés los unjió, los enjugó con sus cabellos, i despues vertió sobre su cabeza el resto de aquel aceite aromático.

Trascendió por toda la casa el esquisito olor del perfume. María abia echo eso por amor de Jesus. Mas algunos de sus discípulos pensaron dentro de sí que ubiera sido mejor dar a los pobres el dinero empleado en este perfume, i vituperaban interiormente a María.

Jesus leyó en sus corazones i dijo: "María aecho una buena obra por mí; me a un-

jido para mi sepultura." I despues añadió: "En verdad os digo, qe en todos los lugares donde se predicáre mi evanjelio, se contará en alabanza de esta mujer lo qe acaba de ejecutar."

En este momento mismo, en qe estais leyendo estas palabras de Jesus, se están cumpliendo.

37. ENTRADA SOLEMNE DE JESUS EN JERUSALEN.

Al dia siguiente se puso Jesus en camino para Jerusalem. Llegado a Bethphagé cerca del monte de los Olivos, paróse, i dijo a sus discípulos: "Id a la aldea qe teneis delante; veréis una asna con su jumentillo, sobre el cual nadie a montado aún: traédmelo. Decid solamente a los de la casa, qe lo e menester, i qe luégo lo devolveré." Los discípulos trajeron el jumentillo, lo cubrieron con sus vestiduras, i Jesus montó encima, cumpliendo así una antigua profecía. Gran muchedumbre de pueblo atraida por la proximidad de la fiesta, seguia sus pasos.

Jesus continuó su camino. Todo el pueblo estaba transportado de una santa alegría. Muchos tendian sus vestiduras por el suelo para qe pasase sobre ellas: otros cortaban

ramas de palmas i las llevaban delante de él, o las esparcían por el camino. Todos gritaban en alta voz: “¡Salud i gloria al ijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!” Fariseos abia, que andaban mezclados entre la muchedumbre, i que se mostraron ofendidos de estas gozosas aclamaciones i de las onrras que se tributaban a Jesus. Acercándose a él, le dijeron con aspereza: “Maestro, az callar a tus discípulos.” Pero Jesus respondió: “En verdad os digo, que si estos callan, las piedras mismas gritarán.” I continuó su camino tranquilamente en medio de las alabanzas del pueblo. Los abitantes de Jerusalem vinieron en tropel a encontrarle, i unieron sus voces a los cantos de alegría que resonaban por todas partes.

Llegado Jesus a las cercanías de Jerusalem, contempló la ciudad tristemente; i con un doloroso sentimiento de lástima pronunció estas palabras: “Ah! ¡si al ménos llegáras a comprender en este dia, que todavia se te concede lo que puede procurarte la paz! pero todo se oculta a tus ojos; i porque no as aceptado la salud que se te ofrecia, vendrá para tí un tiempo desgraciado, en que tus enemigos te rodearán por todas partes, i te destruirán asta los cimientos.” Al concluir estas palabras, corrieron las lágrimas por sus mejillas.

Así entró Jesus en Jerusalem. Toda la ciu-

dad estaba en movimiento. “¿Qué ai pues?” se preguntaban todos. “Es Jesus el profeta,” contestaba el pueblo. Jesus dejó su jumento, i se encaminó directamente al templo. El tumulto profano, causado por los usureros i los que traficaban en animales, le llenó de indignacion. Echólos del átrio de la misma manera que lo abia ejecutado tres años ántes. Multitud de enfermos, de ciegos i paralíticos se reunieron en torno, i todos fueron curados.

Muchos niños que se abian juntado al derredor de él, daban gritos de alegría al ver estas curaciones milagrosas; i todos en jeneral esclamaban transportados de júbilo: “Gloria al ijo de David! Bendito sea el que viene en nombre del Señor!” Mas los fariseos no pudieron disimular la cólera que les inspiraban estas palabras, i vituperando amargamente a los niños, dijeron a Jesus en tono irritado: “¿Oyes lo que dicen? Mándales, pues, callar.” Jesus les respondió: “No abeis leído nunca estas palabras: De la boca de los niños i de los que maman sacaste alabanza perfecta?”

Amiguitos míos, fijad la atencion en estas palabras. El señor no desdeña vuestras débiles alabanzas. Repetidlas, pues, amenudo; entonadle santos cantares que salgan del corazon.

38. LA MAS NOTABLE DE LAS PROFECIAS.

Acia los últimos dias de su vida dobló el Señor sus esfuerzos i su zelo enseñando i curando a todos los que a él se acercaban. Por las tardes salia de Jerusalem i se iba con sus discípulos a pasar la noche en la aldea de Bethania. Pero al alba se le encontraba ya en el templo.

Una tarde, a puestas de sol, saliendo Jesus del templo, le detuvieron sus discípulos, i admirando la magnificencia de aquel edificio, le dijeron; "Maestro, mira qué piedras, qué estructura!" Jesus les dijo; "Veis toda esa gran fábrica? Os digo que será destruida de manera que no quedará piedra sobre piedra." Este discurso sorprendió mucho a sus discípulos; deseaban vivamente la esplicacion de estas palabras.

Abiendo subido al monte de los Olivos, se sentó Jesus, i sus discípulos le rodearon. Desde la altura en que se encontraban se descubria toda la ciudad i el templo santo. Entonces Pedro i algunos otros le dijeron. "Maestro, dinos cuándo sucederán esas cosas; cuándo vendrá el fin del mundo."

Jesus respondió :

"Los cuervos se reúnen donde se encuen-

tra un cadáver. Oiréis ablar de guerras i de sediciones: abrá en diversos lugares temblores de tierra, pestes i ambre, i en el cielo aparecerán señales espantosas; mas todo esto será solo el principio de la desolacion.

“Antes de todo se apoderarán de vosotros, i por causa mia seréis odiados i perseguidos; mas un solo cabello de vuestras cabezas no caerá sin el consentimiento de vuestro Padre Celestial. Por la paciencia lograréis poseer vuestras almas.

“Como la impiedad se ostentará triunfante, la caridad se entibiará. La miseria será tan grande qe no se abrá visto semejante desde el principio del mundo.

“Guardaos de qe os seduzcan; porque muchos vendrán en mi nombre, i arán prodijios para seducir aun a los elejidos, si fuese posible.

“Cuando veais a Jerusalem rodeada de ejércitos, sabed qe su destruccion está cerca; los qe entónces se allaren en la Judea, uyan a las montañas; i el qe se alle en el campo, no vuelva a la ciudad a tomar sus vestidos: porque aquellos serán los dias de la justicia divina.

“Muchos caerán bajo el filo de la espada; muchos serán llevados cautivos entre todas las naciones; i Jerusalem será ocupada por los paganos, asta qe el tiempo de los pueblos se aya cumplido.

“Después de estos dias de afliccion, prosiguió Jesus, “i cuando el reino de los cielos aya sido anunciado a todos los pueblos de la tierra, entónces vendrá el fin. El sol se oscurecerá; la luna dejará de dar luz; caerán las estrellas; i los fundamentos del cielo serán conmovidos. El terror se apoderará de todos los pueblos de la tierra, i casi morirán de miedo.

“Entónces aparecerá la señal del ijo del ombre sobre una nube; todas las tribus de la tierra se lamentarán i se golpearán el pecho; i se verá venir al ijo del ombre sobre las nubes del cielo con gran poder i gran gloria.

“I él enviará sus ánjeles para juntar a sus elejidos desde los cuatro extremos de la tierra.

“Luego, pues, qe empiezen a suceder estas cosas, levantad vuestras cabezas, porque vuestra libertad estará cerca.

“El cielo i la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán jamas. Aqel dia i aquella ora, nadie los conoce. Velad, pues, i orad!

“Cuando el ijo del ombre venga en toda su majestad sentado en su trono de gloria, todas las naciones de la tierra comparecerán a su presencia, i separará los unos de los otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras: colocará las ovejas a su derecha i las cabras a su izquierda.

“Entónces el rei dirá a los qe están a su

derecha: Venid, benditos de mí padre, a poseer, como erencia vuestra, el reino que os a sido preparado desde la creacion del mundo! porque tuve hambre i me disteis de comer; tuve sed i me disteis de beber; era extranjero i me ospedasteis; estaba desnudo i me vestisteis; enfermo i me visitasteis; preso i vinisteis a verme. Los justos le preguntarán: Señor, ¿cuándo icimos eso? i el rei les responderá: Lo que icisteis a uno de estos mis ermanos peqeñitos, a mí loicisteis. I entónces los justos pasarán a la vida eterna.

“I a los que están a su izquierda dirá: Alejaos de mí, malditos; id al fuego eterno, destinado para el diablo i sus servidores.”

Todo lo que Jesus predijo en el monte de los Olivos sobre la destruccion de Jerusalen, se cumplió a la letra al cabo de cuarenta años. Lo que anunció sobre el fin del mundo, no es ménos cierto, ni ménos inevitable.

Caros ijos, ¡ojalá que seais entónces congregados a su derecha, i que ninguno de vosotros se encuentre a su izquierda!

39. LA SANTA CENA.

La muerte de Jesus se acercaba. Lo sabia él, i muchas veces, en el curso de esta últi-

ma semana, lo predijo a sus discípulos.

Llegado el primer día de Pascua, el día en que debía inmolarsse el cordero pascual, Jesus envió a la ciudad sus dos discípulos, Pedro i Juan, a preparar la cena; previniéndoles que a la puerta de Jerusalem encontrarían un ombre con un cántaro de agua; que le siguiesen asta su casa, i dispusiesen allí lo necesario. Todo se izo como él lo abia ordenado.

Sobreviniendo la noche, pasó Jesus a aquella casa con sus discípulos, i se les condujo a una sala iluminada, en la que se encontraba una mesa, i sobre ella un cordero asado, vino, i pan sin levadura. Jesus se sentó a la mesa con sus doce discípulos, i echando sobre todos ellos una mirada de ternura, les dijo: “Ijos míos, deseaba ansiosamente comer el cordero pascual con vosotros, ántes de padecer; porque os digo que ya no volveré a comerlo en compañía vuestra, asta que todo se cumpla en el reino de Dios.” Tomó la copa, dió gracias, i la izo pasar a sus discípulos.

Levantóse luego de la mesa, quitóse las vestiduras, tomó una toalla, se la ciñó, i vertiendo agua en una fuente, lavó los pies a todos sus discípulos. San Pedro, lleno de respeto a su divino maestro, no quería permitir se umillase así delante de él. “No, señor, le dijo; yo no sufriré jamas que me laves los pies.” Mas Jesus le respondió: “Si yo no te lavo los

piés, no tendrás parte conmigo.” Pedro, que amaba de todo corazón a su maestro, le dijo apresuradamente: “Ah! Señor! si necesario es, lávame no solo los pies, sino las manos i la cabeza.”

Cumplido este umillante ministerio, volvió el Salvador a la mesa, i habló así: “¿Sabeis lo que acabo de acer? Me llamais Maestro i Señor; i decis verdad, porque lo soi. Si yo, pues, que soi vuestro Señor i Maestro, os e lavado los pies, aced otro tanto unos con otros.”

En esta accion quiso Jesus, ántes de dejar la tierra, dar a sus discípulos un último testimonio de amor, i al mismo tiempo un señalado ejemplo de umildad.

Lleno de tristeza, volvió Jesus a tomar la palabra, dirijiéndose a sus discípulos.

“En verdad os digo, que uno de vosotros, el que pone conmigo la mano en el plato va a venderme.” Seguidamente, abiendo mojado un pedazo de pan, lo dió a Júdeas Iscariote, que lo tomó, i endurecido en el pecado, salió de allí, i fué a vender al Señor. El gran consejo de los judíos le abia prometido treinta monedas de plata, si lograba poner a Jesus en sus manos.

Cuando Júdeas ubo partido, dijo el Señor con un tono grave i solemne: “Aora es glorificado el ijo del ombre, i Dios es glorificado en él.”

Con una profunda emocion guardó silencio por algunos instantes. Al despedirse, quiso dejar a sus discípulos la última prenda de su ternura, dándoles aquel manjar divino, aquel alimento celestial de que tantas veces les abia ablado, es decir, su propio cuerpo a comer, i su propia sangre a beber. Tomó un pan, i abiendo dado gracias, lo bendijo, lo partió i lo dió a sus discípulos, diciendo:

“Tomad i comed! *Este es mi cuerpo*, que se da por vosotros. Aced esto en memoria mia.”

Tomó igualmente la copa; dió gracias otra vez al Padre; i la pasó a sus discípulos, diciendo:

“Tomad i bebed de ella todos! porque *esta es mi sangre*, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos en remision de los pecados. Todas las veces que agais esto, acedlo en memoria mia.”

De esta manera fué instituida la adorable eucaristía, misterio augusto e incomprendible, en el cual un Dios, por medio de un prodijio, de que solo su amor era capaz, se da a nosotros todo entero bajo las apariencias de pan i de vino, para alimento de nuestras almas i consuelo de los fieles asta la consumacion de los siglos.

“Caros hijos míos,” continuó Jesus, “ya no me queda sino un corto espacio de tiempo para estar con vosotros; debo dejaros, i no podreis

seguirme esta vez." Pedro exclamó: "¿Porqué no e de seguirte? Yo daré la vida por tí." El Señor le respondió: "En verdad, en verdad te digo, qe esta misma noche ántes qe aya cantado dos veces el gallo, me negarás tres veces." Pedro porfió diciendo, qe aun cuando le fuese necesario morir por él, no le negaria, i todos los otros discípulos dijeron lo mismo, consultando mas su tierno afecto a su divino maestro, qe su umana flaqueza, patente a los ojos de Jesucristo.

Todos le miraban con un aire triste i abatido; Jesus respondió: "No se turbe vuestro corazon. Ai muchas moradas en la casa de mi Padre; voi a prepararos la vuestra; despues volveré, i os llevaré conmigo, para qe donde esté yo, esteis vosotros tambien. Yo soi el camino, la verdad i la vida."

"Todo lo qe pidais a mi Padre en mi nombre, os será acordado. Yo rogaré a mi Padre: él os dará otro consolador i otro apoyo en el Espíritu de la verdad. Estará en vosotros i os enseñará: no os dejaré uérfanos."

"Si me amais, seguireis mis mandatos. El qe me ama, será amado de mi Padre; i yo le amaré tambien; i me dará a conocer a él; i vendremos a él; i arémos nuestra mansion en él."

"Os ablo por la última vez: el poder de este mundo va a venir, aunque no tenga impe-

rio alguno sobre mí. Mas, para que el mundo conozca que yo amo a mi Padre, i que yo ago lo que mi Padre me a ordenado, levantaos i partamos de aquí.”

Levantóse Jesus, i despues que ubieron dado gracias, tomó el camino del Monte de los Olivos, siguiéndole sus discípulos.

Cuando ubieron llegado fuera de las puertas de la ciudad, Jesus continuó sus exortaciones: “Yo soi, dijo, la verdadera vid, vosotros sois los sarmientos, i mi Padre es el labrador. Como el sarmiento no puede de sí mismo llevar fruto, sino estando en la vid, asi vosotros no podeis nada sin mí: el que mora en mí, i yo en él, da muchos frutos; aquel que no mora en mí será desechado como un sarmiento inútil, que se marchitará, lo echarán al fuego i arderá.”

“El precepto que os doi es el de amaros unos a otros, como yo os e amado. Si el mundo os aborrece, sabed que ántes que a vosotros me aborreció a mí. Muchas aflicciones tendreis que sufrir en el mundo; pero tened confianza: *yo e vencido al mundo.*”

Despues de aber dicho estas palabras, se detuvo Jesus a alguna distancia del Monte de los Olivos, mui cerca del torrente Cedron, i rodeado de sus discípulos, levantó los ojos al cielo i oró:

“Padre mio, la ora a llegado. E cumplido

la obra que me encargaste, i ahora glorificame, para que tu ijo te glorifique. Glorificame tú en tí mismo con aquella gloria que tuve en tí antes que fuese el mundo. El manifestado tu nombre a los ombres que me diste: tuyos eran i guardaron tu palabra.”

“Les e dado las palabras que me diste, i las an recibido, i an conocido verdaderamente que yo salí de tí, i an creído que me enviaste a la tierra.”

“Padre santo, guarda por tu nombre a los que me diste, para que todos sean uno como nosotros somos uno. Santificalos por tu verdad: tu palabra es la verdad.”

“Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos sean tambien santificados en verdad.”

“No ruego solo por ellos, sino por todos los que an de creer en mí por la palabra de ellos: para que, como tú, Padre, en mí, i yo en tí, asi sean ellos una cosa en nosotros.”

“Padre, quiero que aquellos que me diste, estén conmigo, para que vean la gloria que me diste; porque me as amado antes del establecimiento del mundo.”

Despues que Jesus ubo orado asi, atravesó el torrente Cedron, i se dirijió al Monte de los Olivos:

40. JESUS EN EL MONTE DE LOS OLIVOS.

Sus discípulos le siguieron con el corazón oprimido: entraron en una granja que llevaba el nombre de Gethsemaní; i volviéndose Jesus ácia ellos, les dijo: “Sentaos aquí miéntras voi a orar, i orad tambien vosotros, para que no entreis en tentacion.”

Solo Pedro, Juan i Santiago le acompañaron a lo interior del uerto; i luego empezó Jesus a entristecerse i angustiarse, i les dijo: “Triste está mi alma asta la muerte; aguardad aquí, i velad conmigo.”

I abiendo dado algunos pasos mas, se prosternó, i oró en alta voz, diciendo: “Padre mio, si es posible, aléjese de mí este cáliz; pero cúmplase tu voluntad, i no la mia.”

Volvió entónces a sus discípulos, i encontrándolos dormidos, les dijo: “¿Ni una ora abeis podido velar conmigo? Velad i orad para que no entreis en tentacion. El espíritu en verdad pronto está; pero la carne, débil.”

Alejóse por segunda vez, i oró con nuevo fervor. I volviendo otra vez a sus discípulos, como los viese rendidos al sueño, les amonestó de nuevo que velasen, i se retiró por tercera vez a orar.

Entónces empezó a sufrir una agonía mortal. El espíritu sometido a la voluntad del Padre luchaba con la flaqueza de la carne, i este combate interior causó en todo su cuerpo una agitacion violenta, i un sudor de sangre que corria asta el suelo. "Padre mio," repitió, "si no es posible que se aleje de mí este cáliz, cúmplase tu voluntad." I entónces vino un ángel del cielo a confortarle.

Tranquilo i sereno volvió a sus discípulos, i les dijo: "Basta; la ora a llegado; el ijo del ombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; el que me a vendido se acerca."

Apénas abia acabado estas palabras, cuando apareció multitud de ombres, armados de espadas i palos: otros llevaban aatorchas; i Júdas Iscariote los acaudillaba. Este, acercándose a Jesus i besándole: "Maestro," le dijo, "Dios te guarde;" porque tal era la señal concertada con aquellos ombres para que supiesen a quien debian prender. Jesus, dirijiéndose a Júdas con un tono de voz capaz de enternecer las piedras, "Amigo mio," le dijo; "¿a qué as venido? ¿Con un beso de paz traicionas al ijo del ombre?" Despues adelantándose ácia las tropas dijo: "¿A quién buscáis?" Ellos respondieron: "A Jesus Nazareno." I Jesus les dijo, "Yo soi." Espantados al oír estas palabras, retrocedieron i cayeron

en tierra como si ubiesen sido eridos por el rayo. Cuando volvieron en sí, Jesus les preguntó por segunda vez: “¿A quién buskais?” “A Jesus Nazareño,” respondieron de nuevo. Jesus contestó; “Ya os e dicho qe yo soi. Si es, pues, a mí a quien buskais, dejad a estos:” (señalando a sus discípulos.)

Entónces pusieron las manos sobre Jesus i le prendieron. Pedro sacó su espada, e irriendo a uno de los siervos del Pontífice le cortó la oreja derecha. Mas Jesus le contuvo i le dijo: “Pon tu espada en la vaina: ¿Piensas qe si yo se lo rogase, no enviaria mi Padre a mi socorro doce lejiones de ánjeles qe me defendiesen? ¿Debo yo rechazar la copa qe el Padre me a dado a beber? Los qe a espada ieren, a espada morirán.” Dirijiendo entónces la palabra a los sacerdotes i majistrados qe abian venido entre aquella jente, díjoles: “¿Como a ladron abeis venido a mi con espadas i palos? Cada dia estaba con vosotros en el templo, i jamas alargásteis la mano contra mí; mas esta es vuestra ora i la potestad de las tinieblas.” Inmediatamente curó la oreja del erido i se dejó maniar. I todos sus discípulos le desampararon i uyeron.

41. ÚLTIMA NOCHE DE JESUS.

Maniatado como un malechor, le llevaron a Jerusalem. Primero le condujeron a casa de Anas, ombre de grande autoridad entre los judíos, porque abia sido sumo sacerdote muchos años, aunque a la sazón lo era Caifas, su yerno. Jesus entró en la sala con la serenidad de la inocencia, i Anas le interrogó acerca de sus discípulos i de su doctrina; a lo cual contestó Jesus: "Enseñaba en la sinagoga i en el templo, a donde todos los judíos concurren: nada e ablado en secreto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me an oído." Entónces uno de los alguaciles le dió una bofetada en la cara, diciendo: "¿Así respondes al Pontífice?" Jesus mirándole mansamente, le dijo: "Si mal e ablado, acúsame; i si bien, por qué me ieres?"

Tras esto Anas le envió a Caifas, sumo Pontífice de agel año; estaba ya reunido el consejo en su casa, i se ab an comprado con dinero testigos falsos, que vinieron uno en pos de otro a declarar contra el Salvador, i no temieron calumniarle. Sus deposiciones sin embargo, no estaban de acuerdo; i no podian convencerle de ningun crimen. Tranquilo el

Señor en medio de ellos, los escuchaba en silencio, cuando de repente se levanta el pontífice i dirige la palabra a Jesus: “¿Nada respondes a lo que estos deponen contra tí?” Jesus callaba. Caifas, en alta voz i tono solemne, “Te conjuro,” le dice, “por el Dios vivo, a que nos digas si eres tú el Cristo, el ijo de Dios.” Jesus responde: “Tú lo as dicho; i mas te digo, que vereis al ijo del ombre, que descenderá del cielo, sentado en las nubes, a la diestra del poder de Dios.” Al oír esto Caifas, rasgando sus vestiduras, exclamó: “A blasfemado! ¿Qué os parecè?” Todos respondieron: “Es reo de muerte.” De este modo la inocencia i la santidad misma fué condenada a muerte por pecadores.

Los soldados condujeron a Jesus al atrio del palacio, donde durante toda la noche no cesaron de acerle ultrajes. Escupíanle unos; otros le cubrian la cara, le daban de golpes i le decian: “Adivina quién te dió.” Se propasaron a cuanto su corazon malvado podia sugerirles, i Jesus permaneció sereno i paciente, en medio de tantas injurias.

Entre tanto Pedro, que ansioso de saber la suerte de su maestro, le abia seguido a lo léjos, estaba sentado en el atrio cerca del fuego, a que se calentaban los alguaciles i siervos del Pontífice. Una criada se acercó a él, i así que le vió, exclamó: “Este tambien estaba con el

Nazareno.” Pedro, medroso, dijo: “Es falso; no le conozco;” i el gallo cantó por la primera vez; pero Pedro, todo turbado, apénas lo oyó.

Un momento despues, uno de los de Caifas le clavó la vista, i dijo: “Este ombre es tambien uno de ellos.” I Pedro lo negó de nuevo. De allí a poco otro de los sirvientes le dijo: “Ciertamente tú eres de esos, porque pronuncias como los galileos.” Pedro entón-ces negó por la tercera vez al Señor, i empezó a maldecirse i a jurar protestando que no conocia tal ombre; i todavía estaba ablando, cuando cantó otra vez el gallo. Volviendo el rostro el Señor, echó una triste i tierna mirada a su discípulo, que conmovido por ella asta el fondo del alma, se acordó de las palabras que Jesus le abia dicho el dia ántes, i arrepentido salió afuera i lloró amargamente.

Velemos i oremos para no caer en tentacion.

Acer una vida criminal es tambien renegar al Señor.

42. JESUS DELANTE DEL JUEZ TEMPORAL.

Vino el dia. Al amanecer se reunió de nuevo el consejo. Jesus fué conducido otra vez a su presencia: i dió allí testimonio a la verdad, como el dia anterior, i el consejo pro-

nunció por segunda vez sentencia de muerte. Levantáronse todos i llevaron a Jesus a la presencia de Pilatos, gobernador romano. Salió éste de su palacio, subió al tribunal, i preguntó qué delito abia cometido aquel ombre. El juez era pagano, la inocencia era juzgada, i los magnates de Isrrael la acusaban.

Pilatos preguntó: “¿De qué acusais a este ombre?” Los sacerdotes judíos respondieron: “Pervierte al pueblo; impide que se pague el tributo al emperador, i se dá por rei de los judíos.” El gobernador interrogó a Jesus, diciéndole: “Eres el rei de los judíos?” “Si soi”, respondió Jesus. Como los sacerdotes le acriminaban, i Jesus los escuchaba en silencio, le reconvino Pilatos: “¿No ves de cuántas cosas te acusan? ¿Nada respondes?” Jesus continuó guardando silencio; de lo que se maravilló el gobernador en gran manera.

Volviendo entónces al palacio, izo venir a Jesus i le preguntó: “¿Eres en efecto rei?” Jesus respondió: “Tú lo as dicho; pero mi reino no es de este mundo.” Pilatos volvió al tribunal i les dijo: “Yo no encuentro crimen alguno en ese ombre.” Mas los sacerdotes, insistiendo mas i mas, añadieron: “El subleva al pueblo con la doctrina que esparce por toda la Judea, desde la Galilea, donde a principiado esta secta, asta Jerusalem.”

Cuando Pilatos oyó ablar de la Galilea, pais

de la jurisdiccion de Eródes, que estaba entonces en Jerusalem, envióle luego a aquel principe, i todo el consejo de los sacerdotes i ancianos fué tras él, para acusarle de nuevo. Eródes se alegró de ver a Jesus, esperando que ariá algun milagro; ízole mil preguntas; i Jesus no le respondia nada.

Entónces Eródes comenzó a mofarle con los de su corte; i por pasatiempo i escarnio, mandó que le pusiesen una ropa blanca como de rei; i en este traje lei izo volver a Pilatos. Jesus toleraba estos ultrajes en silencio, i se dejaba conducir de un tribunal a otro sin quejarse ni manifestar alteracion en su semblante.

El traidor Júdas, orrorizado del crimen espantoso que abia cometido, se abandonó a la desesperacion, i despues de arrojar a los piés de los sacerdotes las treinta monedas de plata por las cuales abia vendido a Jesus, fué i se ahorcó. No les pareció a los sacerdotes que era lícito poner en el arca del templo un dinero que abia sido el precio de la sangre i la vida de un ombre; i lo que hicieron fué comprar con aquellas monedas el campo de un alfarero, para enterrar allí a los extranjeros; i dieron a este campo el nombre de *Aceldama*, que quiere decir campo de sangre. Asi se cumplió la prediccion de un profeta, que Jesus seria puesto a precio, que seria vendido en treinta monedas

de plata, i que con esta plata se compraria el campo de un alfarero.

Como era costumbre entre los judíos dar libertad a un reo en la fiesta de pascua, Pilatos, acordándose de un salteador llamado Barrabás, dijo al pueblo: “¿A cuál de los dos quereis que os suelte? A Jesus o al asesino Barrabás?” Esperaba que le pedirian la libertad de Jesus; mas el pueblo, excitado por los sacerdotes, exclamó a una voz: “No quereimos a Jesus; suéltanos a Barrabás.” Pilatos, que deseaba vivamente salvar a Jesus, respondió: “¿Qué quereis, pues, que aga de Jesus, a quien vosotros llamais rei de los judíos?” I todos respondieron; “Crucifícale.” Pilatos entónces soltó a Barrabás, i entregó a Jesus a los soldados para que le azotasen.

Condujéronle estos al interior del pretorio, i juntaron toda la coorte. Qitáronle sus vestidos, le amarraron a una columna, i le azotaron. Despues abiendo tejido una corona de espinas, se la ciñeron a la cabeza, como insignia real, le vistieron un manto de púrpura, le pusieron en la mano derecha una caña a guisa de cetro; e incando ante él las rodillas, le mofaban, diciendo: “Salud, rei de los judíos.” Otros le escupian a la cara, le qitaban la caña de la mano, i le daban con ella en la cabeza; las espinas se le undian en las sienes, i su rostro se cubria de sangre.

En este estado le izo conducir Pilatos ante el pueblo. El Salvador del mundo apareció a vista de la multitud, cubierto de sangre, pálido, desfigurado por los tormentos, llevando sobre su cabeza la corona de espinas, i el manto real sobre sus espaldas. “Mirad a este ombre,” dijo el juez pagano compadecido, señalando a Jesus, i repitió de nuevo: “Ningun crimen e allado en él.” Mas por segunda vez resonó el grito sanguinario i tumultuoso, “Crucifícale;” i los caudillos del pueblo le dijeron: “Si le dejas en libertad no eres amigo del César, porque este ombre se llama rei, i nosotros no conocemos mas rei que el César.”

Estas palabras intimidaron al gobernador. Como creciese el alboroto, pidió agua i lavándose las manos delante del pueblo, dijo: “Inocente soi de la sangre de este justo; allá lo veais vosotros,” i le entregó a ellos para que le crucificasen. Jesus en medio de tantos ultrajes, no proferia queja alguna; no se veia señal de impaciencia en su rostro, sino de umildad, i mansedumbre: abia resuelto padecer i no temia la muerte.

¡Cuán divino aquel silencio! ¡Cuán adorable aquella paciencia!

43. JESUS CRUCIFICADO EN GOLGOTHA.

Los soldados se apoderaron de Jesus, le quitaron el manto de púrpura i le pusieron otra vez sus vestidos. Se le izo atravesar la ciudad de Jerusalem, para conducirle al lugar del suplicio: cargado con la cruz caminaba entre dos malechores, a quienes estaba destinada igual suerte. Como Jesus rendido a tantos padecimientos desfallecia ya bajo el peso de la cruz, obligaron a un ombre llamado Simon a que le ayudase a cargarla. Iba Jesus por medio de la multitud, orando en silencio; i como fuesen tras él muchas mujeres llorando, se volvió ácia ellas i les dijo: "Ijas de Jerusalem, no lloreis por mí; mas llorad por vosotras mismas i por vuestros ijos; porque si el leño verde es tratado asi, que se ará al seco?" Es decir, si el inocente es castigado con tanto rigor, ¿qué castigos no deben esperar los culpables?

Acia las nueve de la mañana llegó Jesus al suplicio. El Cordero de Dios se detuvo en medio del Calvario. Presentáronle vino mezclado con mirra; i abiéndolo probado, reusó beber mas. Arrancáronle luego los vestidos;

le clavaron de piés i manos a la cruz; i a sus dos lados crucificaron los dos malechores. Apesar de tan crueles sufrimientos no se quejó, ni murmuró: solo se le oyeron pronunciar distintamente estas palabras: "Padre mio, perdónales, porque no saben lo que acen." Los soldados en seguida se repartieron sus vestidos i echaron suertes para saber a cuál de ellos tocaria la túnica. Muchos de los que le rodeaban, blasfemaban contra él, i otros le mofaban en alta voz. Mas Jesus no respondió; i solo cuando el malechor crucificado a su derecha, penetrado de un arrepentimiento profundo le dirigió la palabra, suplicándole que no le olvidase, el Señor, lleno de bondad, le dijo: "Oí serás conmigo en el paraíso." Juan, su discípulo querido, estaba al pié de la cruz, i a su lado María, la madre del Salvador. Vióla Jesus, i señalando a Juan con los ojos, dijola: "E ahí tu ijo," i luego mirando a Juan, dijo a éste: "é ahí tu madre."

Oh, ijos míos! entónces fué cuando el alma de María, segun la prediccion del anciano Simeon, fué traspasada por la espada del dolor. ¡Cuál debía ser el sentimiento de esta buena madre, viendo morir a su ijo en el mas cruel i mas infame de los suplicios! Con justicia le da la Iglesia el nombre de Madre de los Dolores, convidándonos a invocarla con él. Recurramos a ella con filial confianza: Jesus nos la dió por madre, cuando la dió por madre a Juan: ella nos proijó al pié de la cruz: nos ama con una ternura materna,

i nos protege desde el cielo, donde el valor de su intercesion es tan alto, como es grande su amor a nosotros.

Acia el medio dia empezaron a derramarse por todas partes espesas tinieblas. El cielo i la tierra se oscurecieron: esta noche orrորosa duró cerca de tres oras. Jesus siguió sufriendo en silencio tormentos indecibles.

Acia las tres de la tarde, exclamó en alta voz: “Dios mio, Dios mio! ¿porqué me as desamparado?” I poco despues dijo: “Sed tengo.” Un soldado acercó a sus labios en una caña una esponja empapada en vinagre. Jesus lo probó, i despues exclamó: “Cumplido está todo. Padre mio, en tus manos entrego mi espíritu.” Al pronunciar estas palabras, bajó la cabeza i expiró.

Alabemos al Señor, i démosle muestras de nuestro reconocimiento i adoracion. Por nosotros padeció, por nosotros derramó su sangre, por nosotros murió.

En el momento en qe Jesus exaló el alma, el velo del templo se rasgó en dos, la tierra tembló, las rocas se endieron i se abrieron los sepulcros. A vista de lo qe sucedia, el centurion qe custodiaba a Jesus, se llenó de pavor i dijo en voz alta: “Este ombre era verdaderamente ijo de Dios.” La muchedumbre qe rodeaba la cruz, se alejó en silencio dándose golpes en el pecho.

Dos ombres distinguidos entre los judios vinieron el viérnes mismo por la noche a qitar de la cruz el cadáver ensangrentado del Señor. Estos eran el senador José de Arima-téa i Nicodemo, doctor de la lei. Envolvieron el cuerpo en sábanas finas, i lo llevaron a un uerto, donde en una roca abia un sepulcro qe José abia echo construir para sí; en este se-pulcro enteramente nuevo depositaron el ca-dáver, i echaron una losa encima. Allí debia reposar el cuerpo del Señor durante el dia si-guiente qe era sábadó. Una partida de solda-dos, a instancia de los judíos, custodiaba el se-pulcro.

44. RESURRECCION DE JESUS.

Apénas comenzaba a lucir el alba del tercc-ro dia, quando repentinamente sobrevino un terremoto. Un ángel del Señor descendió del cielo, i qitó la losa qe cerraba el sepulcro.

Jesucristo salió de la tumba, lleno de vida, brillante de gloria i de luz, vencedor de la muerte i de todas las potestades enemigas.

Los soldados qe le guardaban, llenos de terror, cayeron en torno al sepulcro, como si ubiesen sido eridos de muerte. Cuando vol-vieron en sí uyeron con precipitación a la

ciudad, i fueron a anunciar al consejo lo que acababa de pasar.

Desde la venida del dia varias mujeres piadosas, tiernamente adictas a Jesucristo, se encaminaron ácia el sepulcro de su maestro; pero lo encontraron vacío; solamente encontraron las sábanas en que el Salvador abia sido envuelto. Contemplaban tristemente aquellas reliquias, cuando de repente les aparecieron dos ángeles resplandecientes, que les dijeron: “Buscais a Jesus Nazareno, que a resucitado: no está aquí ya: id i dad esta nueva a sus discípulos.” Llenas de temor i alegría corrieron a darles la noticia.

María Magdalena permanecia sola cerca del sepulcro, lloraba amargamente, i fijaba sus ojos bañados en lágrimas sobre el lugar donde abia sido depositado el cadáver de su maestro. Los dos ángeles le dijeron: “Mujer, ¿por qué lloras?” “Ai! respondió ella sollozando, me an robado mi Señor, i no sé dónde le an puesto.”

Despues de aber pronunciado estas palabras, dió vuelta i vió a uno que estaba en pié detras de ella. Pensando que era el ortelano, le dijo: “Señor, si eres tú quien le a llevado, dime dónde le as puesto.” Aqel a quien ablabá, le dijo entónces con una voz que le era bien conocida: “¡María!” Era Jesus. Ella le reconoció, i echándose a sus piés exclamó:

“¡Maestro mio!” Jesus le dijo: “Vé a buscar a mis hermanos i diles que me as visto.” Pronunciadas estas palabras, desapareció.

En la tarde se mostró de nuevo a dos de sus discípulos que iban a una aldea llamada Emmáus. En la noche del mismo dia, apareció repentinamente en Jerusalem, en medio de la sala en que sus discípulos se allaban reunidos, no obstante que las puertas abian sido cerradas. Saludóles, enseñóles las señales de los clavos de sus manos i de sus piés, como tambien su pecho traspasado, i les dijo: “Así como mi Padre me a enviado, os envío yo a vosotros;” sopló entónces sobre ellos i añadió: “Recibid el Espíritu Santo: a quienes vosotros perdonáreis los pecados, les serán perdonados; a quienes vosotros los retuviereis, les serán retenidos;” i al instante desapareció.

Ocho dias despues se dejó ver otra vez en medio de ellos. A Tomas, que abia estado ausente cuando su aparicion primera, i dudaba de su resurreccion, le mostró las señales de los clavos, i le permitió que le metiese los dedos en la erida del costado, para que se disipasen sus dudas. Tomas se echó a sus piés i le adoró diciendo: “Mi Señor i mi Dios.” Jesus le dijo estas palabras notables, dignas de meditarse en todos los tiempos: “Porque as visto, as creido. Bienaventurados los que no vieron i creyeron.”

45. JESUS SE ELEVA AL CIELO.

Despues de su resurreccion, permaneció Jesus sobre la tierra durante cuarenta dias. En este tiempo apareció varias veces a sus discípulos en la Galilea: un dia mui temprano a las orillas del lago de Genezareth; otra vez a presencia de quinientos de sus discípulos, i en muchas ocasiones mas; en todas las cuales les hablaba del reino de Dios, i los fortificaba en la esperanza i la caridad.

Recomendó a sus apóstoles que se encontrasen en Jerusalem en un dia determinado, i en el momento dejaron la Galilea para transportarse allá. A los cuarenta dias se les apareció Jesus, i les dirigió, como un adios, las palabras siguientes:

“Todo poder me a sido dado en el cielo i sobre la tierra. Permaneced en Jerusalem, i aguardad el don de mi Padre, que os a sido prometido; porque dentro de pocos dias seréis bautizados por el Espíritu Santo. Id entonces por todo el mundo, e instruid a todas las naciones bautizándolas en nombre del Padre i del Ijo i del Espíritu Santo; i ense-

ñadles a observar todas las cosas que os e ordenado. Estad seguros que yo seré con vosotros asta el fin de los siglos.”

Despues que el Señor les ubo ablado así, los condujo ácia Bethania i subió con ellos al monte de los Olivos. Llegado allí, levantó sobre ellos las manos, i abiéndoles dado su bendicion, dijo: “Yo subo a mi Padre i vuestro Padre, a mi Dios i vuestro Dios.” I esto dicho, le vieron subir en el aire, i elevarse mas i mas a los cielos, asta que una nube brillante lo ocultó a sus ojos.

Llenos los discípulos de sorpresa i admiracion, tenian fija todavía su vista en el cielo, cuando dos ángeles vestidos de blanco se presentaron a ellos i les dijeron: “Así como le abeis visto subir a los cielos, así volverá.”

Los discípulos regresaron a la ciudad penetrados de una santa alegria, i sin cesar estaban en el templo alabando i bendiciendo a Dios.

Jesus, nuestro salvador, está aora en el cielo, desde donde gobierna su santa iglesia i dirige los destinos de todos aquellos que creen en él.

Hijos míos, caminad delante de él i sed piadosos. Sus ojos están constantemente abiertos sobre nosotros, i su tierna solicitud vela sin cesar sobre nuestra suerte. Obedecedle como niños buenos, nid el pecado; i así os será dado un dia allaros en el lugar donde él está, i participar de su felicidad.

46. JESUS ENVIA A SUS APOSTOLES EL
ESPIRITU SANTO.

Diez dias acá que los discípulos aguardaban llenos de esperanza el don que les abia sido anunciado. Sobrevinieron las fiestas de Pentecóstes, i la ciudad de Jerusalem estaba llena de Isrraelitas recién venidos de todas las partes del mundo. Los discípulos se abian reunido en un solo lugar, perseverando en la oracion. De repente se oyó un gran ruido, como el de un viento impetuoso que venia del cielo, i se estremeció la casa. Al mismo tiempo se vieron aparecer unas llamas semejantes a lenguas de fuego, sobre la cabeza de cada uno de los discípulos. Quedaron éstos llenos del Espíritu Santo i empezaron a ablar varias lenguas.

Este acontecimiento fué de mañana, i a- biéndose esparcido la noticia, acudió allí gran multitud de pueblo, que se admiraba de oír a unos ombres de la Galilea, llenos de divina inspiracion, celebrar altamente las alabanzas de Dios en lenguas estrangeras.

Adelantóse Pedro a los otros, i dijo a la multitud; "Varones isrraelitas, i vosotros

todos abitantes de Jerusalem, escuchad! Jesus de Nazareth, a quien visteis acer en medio de vosotros tantos prodijios i milagros, Jesus de Nazareth, a quien crucificasteis, a resucitado de entre los muertos: Dios le a vuelto la vida, i todos nosotros emos sido testigos. Este mismo Jesus qe a subido al cielo, es el qe oi a derramado sobre nosotros el Espíritu Santo, i él es a quien Dios a echo Señor i Cristo.”

Los abitantes de Jerusalem, oidas estas pálabras, fueron tocados de compuncion en sus corazones, i dijeron a los apóstoles: “Ermanos, ¿qué debemos acer nosotros?” Pedro les respondió: “Convertíos, i sea bautizado cada uno de vosotros en nombre de Jesucristo, para qe obtengais la remision de vuestros pecados, i entónces recibiréis el don del Espíritu Santo; porque esta promesa concierne a vosotros i a vuestros ijos, como tambien a los qe viven léjos de vosotros, i fueren llamados por el Señor vuestro Dios.”

Mas de tres mil personas se icieron bautizar en este dia, i abrazaron la fé de Jesus; todos los cuales perseveraron en la doctrina de los apóstoles, i permaneciendo unidos de corazon i espíritu, comian juntos i vivian en la mayor armonía. Alababan al Señor con alegría, i eran amados del pueblo; i el Señor añadía todos los dias nuevos fieles a su iglesia para salvarlos en ella.

47. JESÚS VIVE EN LOS SUYOS.

Pocos dias despues, como Pedro i Juan subiesen al templo para asistir a las oraciones, un pobre, paralítico de nacimiento, qe sentado a la puerta imploraba la caridad de los qe pasaban, pidió tambien limosna a los dos apóstoles. Pedro le dijo: “Yo no tengo oro, ni plata; mas lo qe tengo te doi. En nombre de Jesus de Nazareth, levántate i anda;” i tomándole de la mano le levantó, i en el mismo instante lleno de fuerza empezó a andar, i saltando de gozo, alababa a Dios. Todo el pueblo, al verle andar, se llenó de espanto i admiracion. Pedro exclamó entónces: “No somos nosotros: es el poder de Jesucristo, a quien icisteis morir, el qe a obrado la curacion de este ombre. Dios envió a Jesus para vuestra bendicion i vuestra salud.” Ablaban los apóstoles todavía, cuando llegó la guardia del templo i se apoderó de ellos: Viéronse obligados a pasar la noche en la cárcel; i al dia siguiente el gran consejo los izo traer a su presencia para interrogarlos.

Inspirado Pedro por el Epíritu Santo, se defendió en estos términos, señalando al paralítico qe estaba presente: “Por el poder de Jesucristo, qe fué crucificado por vosotros,

¡ a quien Dios resucitó de entre los muertos, se os presenta sano este ombre. Solo en Jesus puede aber salvacion; ningun otro puede salvarnos.”

La intrepidez de Pedro puso a los jueces en un gran conflicto: no se atrevian a imponer castigo a los apóstoles, porque temian al pueblo; se limitaron, pues, a prohibirles con amenaza que ablaran mas de Jesus, i que enseñasen su doctrina. Pero Pedro i Juan les respondieron con franqueza: “Juzgad vosotros mismos, si será justo obedeceros a vosotros ántes que a Dios. Por lo que a nosotros toca, no podemos dejar de ablar de las cosas que emos visto i oido.” Entónces los dejaron ir.

Aquel que reconoce al Señor delante de los ombres, será tambien reconocido un dia por suyo, delante de su Padre que está en los cielos.

48. ESTEVAN EL PRIMER MARTIR.

Abia multitud de judíos que despreciaban la gracia del Señor, i endurecidos en su incredulidad, rechazaban la salvacion que se les ofrecia. Llenos de odio a Jesus, perseguian a sus discípulos; pero con estas persecuciones solo lograban realzar el brillo de sus virtudes.

Estévan, ombre lleno del Espíritu Santo, acía grandes prodijios i milagros en presencia del pueblo; i contribuía poderosamente a estender la fé de Jesus. Los judíos obstinados le tomaron grande aversión, i buscábanle para disputar con él; pero no podían resistir a la sabiduría i a la verdad poderosa de sus palabras.

Demasiado viles para reconocer la verdad, trataron de concitar el odio del pueblo contra este discípulo de Jesus, i sobornaron testigos qe asegurasen aberle oído blasfemar contra Dios i contra Moises. El pueblo irritado se lanzó sobre Estévan, asió de él i le llevó al consejo. Compareció Estévan sin temor en presencia de sus jueces: una serenidad anjélica estaba pintada en toda su fisonomía. Manifestó su fé en Jesus i les dirigió estas palabras: “Siempre os oponéis al Espíritu Santo; aceis en esto lo mismo qe vuestros padres icieron en otro tiempo: dieron muerte a los profetas qe les anunciaban la venida del Mesías, i acabais de traicionarle i de acerle morir.”

Este discurso los enfureció: rechinaban sus dientes de cólera. Estévan levantando los ojos, vió abrirse el cielo, i a Jesus en pié cerca del trono de Dios. Volviendo la cara a los del consejo, les dijo: “Veo los cielos abiertos i al ijo del ombre qe está en pié a la dies-

tra de Dios." Aquellos ombres furiosos lanzaron entónces gritos espantosos, se taparon los oídos, echáronse en tropel sobre Estévan i le arrastraron fuera de la ciudad para matarle a pedradas. Estévan puesto de rodillas, dijo en alta voz: " Señor Jesus, recibe mi alma, i no les imputes este pecado." I cayó muerto bajo la lluvia de piedras.

Solo el que ama a Jesus mas que a su propia vida, es su verdadero discípulo, i puede estar seguro de salvarse.

49. CONVERSION DE PABLO.

Pablo llevaba ántes el nombre de Saulo, i era un enemigo encarnizado de Jesus i de los cristianos. Como jóven, abia tomado parte en el suplicio de Estévan, guardando los vestidos de los que le apedreaban; i para saciar su odio contra los cristianos, se dirijió al sumo pontífice i le pidió permiso para ir a Damasco, con pleno poder para prender a todos los discípulos de Jesus que allí se encontrasen, fuesen ombres o mujeres, i traerlos a Jerusalem. Púsose en camino para ejecutar su pensamiento, i ya estaba cerca de Damasco, cuando descendió del cielo una luz extraordinaria, que le deslumbró. Despavorido, cayó en tierra,

i oyó una voz que le dijo: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Prosternado, preguntó Pablo: “¿Quién eres, Señor?” La voz respondió: “Yo soi el mismo a quien tú persigues.” Pablo preguntó de nuevo: “Señor, ¿qué quieres que aga?” i el Señor le dijo: “Levántate i entra en la ciudad: allí te dirán lo que as de acer.” Pablo se levantó del suelo; volviendo los ojos alrededor, no vió nada: abía quedado ciego. Sus compañeros le condujeron por la mano a la ciudad.

Tres dias enteros permanecié ciego, sin comer, ni beber. Al fin de este tiempo, Ananías, piadoso siervo de Jesucristo, vino a la casa que abitaba Pablo; le impuso las manos i le dijo: “El Señor Jesus, que te apareció en el camino, me a enviado a tí, para que recobres la vista i seas lleno de Espiritu Santo.” En el momento cayeron de sus ojos unas como escamas, con lo que recobró la vista i se izo bautizar.

Desde entónces se convirtié en uno de los mas zelosos adoradores del Mesías, i recorrió países lejanos predicando a los jentiles el Evanjelio de Jesucristo. Su corazon se penetró de un amor puro i santo ácia Dios i ácia los ombres; animábale un zelo ardiente por la gloria de Dios; umilde como un niño en medio de la sabiduría celestial que le alumbraba, se izo para millares de ombres una

Fuente de bendicion. En el curso de su eroica carrera, tuvo mucho que padecer por la fé cristiana; pero la mano del Señor estaba sobre él, le daba aliento i no le abandonaba jamas. Bajo el peso de las cadenas, en medio de los tormentos, se mantuvo valiente i animado de una viva esperanza. Todo lo sufrió con paciencia por amor al Señor, i al fin, como un testigo fiel, derramó su sangre, sellando con ella la santa doctrina que abia predicado a los ombres.

Sea sagrada su memoria para nosotros!

50. LA SANTA IGLESIA DE JESUCRISTO.

Los apóstoles, segun lo abia ordenado Jesus, se esparcieron por toda la tierra, i algunos de ellos penetraron asta los paises mas lejanos, para anunciar la feliz nueva del reino de Dios. El Señor los llenó de celestial vigor: obraron grandes milagros en su nombre; curaron muchos enfermós, i aun resucitaron muertos. Solia la jente llevar los enfermos i ponerlos en su camino, i bastaba para sanarlos que la sombra de un apóstol cayese sobre ellos; al instante mismo dejaban su lecho, i quedaban enteramente libres de sus padecimientos.

Convencidas por sus milagros las almas rectas i sinceras, escuchaban atentamente las palabras de los apóstoles, i abrian sus corazones a la fé. Así fué fundada la Iglesia Santa de Jesus, i se acrecentó mas i mas. Sus secuaces fueron llamados cristianos, del nombre de su maestro. Multiplicábase su número de dia en dia: ombres i mujeres, jóvenes i viejos, ricos i pobres, judíos i paganos, todos unian sus espíritus en Jesus por la fé i el amor. No formaban mas que un corazon i una alma; llenos de una confianza imperturbable; pacientes en la adversidad; fervorosos en la oracion. El Señor estaba en medio de ellos, aunque invisible a sus ojos. Su espíritu divino los animaba, i les enseñaba a llevar una vida santa: velaba sin cesar sobre ellos i con su mano protectora guiaba sus pasos. Una severa disciplina los preservaba del pecado i los mantenía en pureza; porque el Señor castigaba a veces de un modo ejemplar a los que quebrantaban la fé. Un dia, dos personas, marido i mujer, recientemente bautizados, quisieron engañar a Pedro; i el Señor, que mira con horror la mentira, irió a ámbos de muerte repentina, en el instante mismo en que sus labios acababan de perjurar.

Donde quiera que se fundaba una iglesia cristiana, acostumbraban los apóstoles establecer maestros, que, penetrados del mismo

espíritu que ellos, predicasen el Evangelio a las almas que estaban encomendadas a su cuidado. Así a pasado la divina eneñanza, de jeneracion en jeneracion, bajo la guarda del Señor; i a manera de un rio que vivifica todo lo que bañan sus aguas, se derramará por todos los siglos asta el fin del mundo.

Muchos de los primeros apóstoles nos an dejado por escrito las instrucciones de su divino maestro; i nunca podremos mostrar al Señor todo el reconocimiento que debe inspirarnos un beneficio tan grande.

El apóstol San Mateo escribió el primer Evangelio, es decir, la primera istoria de la vida, pasion i glorificacion de Jesucristo. El segundo fué escrito por San Marcos, uno de los discípulos de San Pedro: San Lucas, compañero de San Pablo, fué el autor del tercero; i el apóstol San Juan dió a luz el cuarto. San Lucas nos a dejado tambien una bella istoria que nos da noticias interesantes sobre la vida i la suerte de los apóstoles.

San Pablo escribió gran número de epístolas o cartas; pero solo catorce an llegado a nosotros: una de ellas es dirigida a los cristianos de Roma; dos a los fieles de Corinto; una a la comunidad de los Gálatas, una a los abitantes de Efeso; una a los Filipenses; una a la iglesia de Coloso; dos a los abitantes bautizados de Tesalónica; dos a su discípulo

Timoteo: una a Tito: otra a Filemon: ultimamente una a los ebreos.

Santiago nos a dejado una epístola, San Pedro dos, el apóstol San Juan tres, i San Júdas una. El libro de la revelacion de San Juan, conocido bajo el nombre de Apocalípsis, termina el catálogo de la Escritura Santa. Esta revelacion le fué echa en la isla de Patmos, i la escribió para conocimiento de los ombres por órden divina.

¡Sean sagrados para nosotros estos preciosos documentos de nuestra fé! En ellos resplandece una verdad enteramente divina, de donde todos los ombres pueden sacar instruccion saludable i benéficas consolaciones.

Caros ijos míos! Jesus vive aun i vivirá eternamente! Todo poder le a sido dado sobre el cielo i la tierra! Creed en él! Esperad en él! Amadle con todo vuestro corazon durante vuestra vida entera! Recojed i guardad en el fondo de vuestras almas su sagrada doctrina! Respetadla, seguidla: así os aréis ijos piadosos de Dios; así seréis preservados de mal; así viviréis para gloria de Jesucristo; así seréis contados para siempre en el número de los suyos. El espíritu de Jesus sea con vosotros, i os guie por este camino peligroso del mundo asta la vida eterna!

Conclusion.

Tal es la istoria abreviada de nuestra santa relijion; istoria qe por todas partes ace brillar ante nuestros ojos la bondad infinita de Dios para con los ombres. Por esta relijion revelada a querido enseñarnos cómo debemos emplear sobre la tierra los dones qe emos recibido de sus manos, para qe cedan en gloria suya i en beneficio nuestro. Por esta lei nueva, qe merece con justo título ser llamada una alianza de amor, nuestro Salvador divino a echo mas llevaderas nuestras penas; ella es el único medio de ser felices en la tierra i el único camino para llegar a la vida eterna; fuera de su seno no puede aber mas qe ceguedad de espíritu, estravíos del corazon i calamidades indecibles. Ella nos enseña a mantener sanos i puros el cuerpo i el alma; a respetar la propiedad ajena, asegurando de este modo la nuestra; a socorrer a los necesitados; a permanecer firmes en la adversidad; a buscar por medios onestos nuestro bienestar temporal; i sobre todo, a acernos dignos ijos de Dios i partícipes de la bienaventuranza eterna. Despues de enjugar nuestras lágrimas i de aliviar nuestros padecimientos en es-

te valle de destierro, esta santa doctrina es la que nos conduce limpios i santos a nuestra patria celestial. ¡Cuán errados van aquellos enemigos de la relijion cristiana, que la desacreditan, como una carga pesada, como un yugo incómodo! ¿Cuál es el ombre mas feliz aún en este mundo? ¿Lo es por ventura el infiel que vive sin esperanza? ¿Lo es el impío que no alla en el fondo de su corazon ni paz ni reposo? ¿O mas bien el cristiano que se goza en la serenidad de su alma i que muere coronado de celestiales esperanzas? ¡Ojalá que esos incrédulos se conviertan al Señor!

Bendigamos eternamente a Dios Padre que nos a criado i que nos conserva; a su Ijo Unigénito que nos salva, i al Espíritu Divino que nos santifica! ¡Sea siempre el primer objeto de nuestra veneracion i de nuestro amor esta relijion venerable por la cual derramó su sangre Jesus, i en cuyo establecimiento trabajaron tanto los apóstoles, i sufrieron los santos mártires tormentos horribles! Obedientes a sus preceptos, meditemos amenudo estas palabras de San Pedro, Epístola 1.ª capítulo 1.º versos 8 i 9: “Creyendo en Jesucristo, os gozaréis en un gozo inefable i lleno de gloria; alcanzando el fin de vuestra fé, que es la salud de las almas.”

Así sea!

FIN.

ERRATAS.



Páj.	línea.	dice.	léase.
4	19	<i>Asphaltites,</i>	<i>Asphaltites.</i>
21	7	NACIMIENTO DE JESUS	NACIMIENTO DE JUAN
29	24	deja	dejas
42	7	complacencia	complacencias
56	16	Sirio	Siro
66	28	les pies	los piés
79	18	superficies	superficie
80	11	obra	obras
80	20	Rejocijaos	regocijaos
81	6	23	25
92	4	un feliz	mui feliz
95	3	con migo	conmigo
95	2 i 3	no te enojeis	no te enojés
118	17	a atorchas	antorchas
121	6	coujuro	conjuro
124	11	lei izo	le izo
124	22	tel templo	del templo
185	12 i 13	tiempa	tiempo



INDICE.

La Palestina o Tierra Santa.	páj.	3
1 Zacarías e Isabel.		14
2 María.		16
3 María en casa de Isabel		19
4 Nacimiento de Juan.		21
5 Nacimiento de Jesucristo.		23
6 Los pastores de Belen delante del pe- sebre		26
7 Presentacion de Jesus en el templo.		28
8 Adoracion de los Magos.		30
9 Fuga a Egipto.		33
10 El niño Jesus en el templo.		35
11 Juan Baustista en el desierto		38
12 Bautismo de Jesus i su mansion en el desierto.		41
13 Juan reconoce segunda vez a Jesus por el Salvador del mundo. Primeros discípulos del Señor.		44
14 Bodas de Caná		47
15 Jesús en el templo.		49

INDICE.

16	Jesus en la fuente de Jacob	51
17	Jesus predica por la primera vez en Nazareth	55
18	Pesca milagrosa	57
19	Sermon del Monte	59
20	La ija de Jairo i la mujer enferma	66
21	Curacion del paralítico	69
22	Eleccion i mision de los Apóstoles	71
23	Doctrina de Jesus en parábolas.	75
24	Otras parábolas de Jesus	79
25	La pecadora arrepentida	81
26	Sentencias notables pronunciadas por Jesus en diferentes ocasiones.	83
27	Muerte de San Juan Bautista.	85
28	Jesus el divino amigo de los niños	87
29	Transfiguracion de Jesus.	89
30	El ijo pródigo	91
31	Misericordia i dureza de corazon.	94
32	El rico i el pobre.	95
33	Las vírjenes prudentes i las vírjenes fátuas.	97
34	Diversos sucesos instructivos	99
35	Resurreccion de Lázaro.	101
36	Jesus es unjido por María la Magdalena	103
37	Entrada solemne de Jesus en Jerusalem.	104
38	La mas notable de las profecías	107
39	La santa cena.	110
40	Jesus en el uerto de los Olivos	117

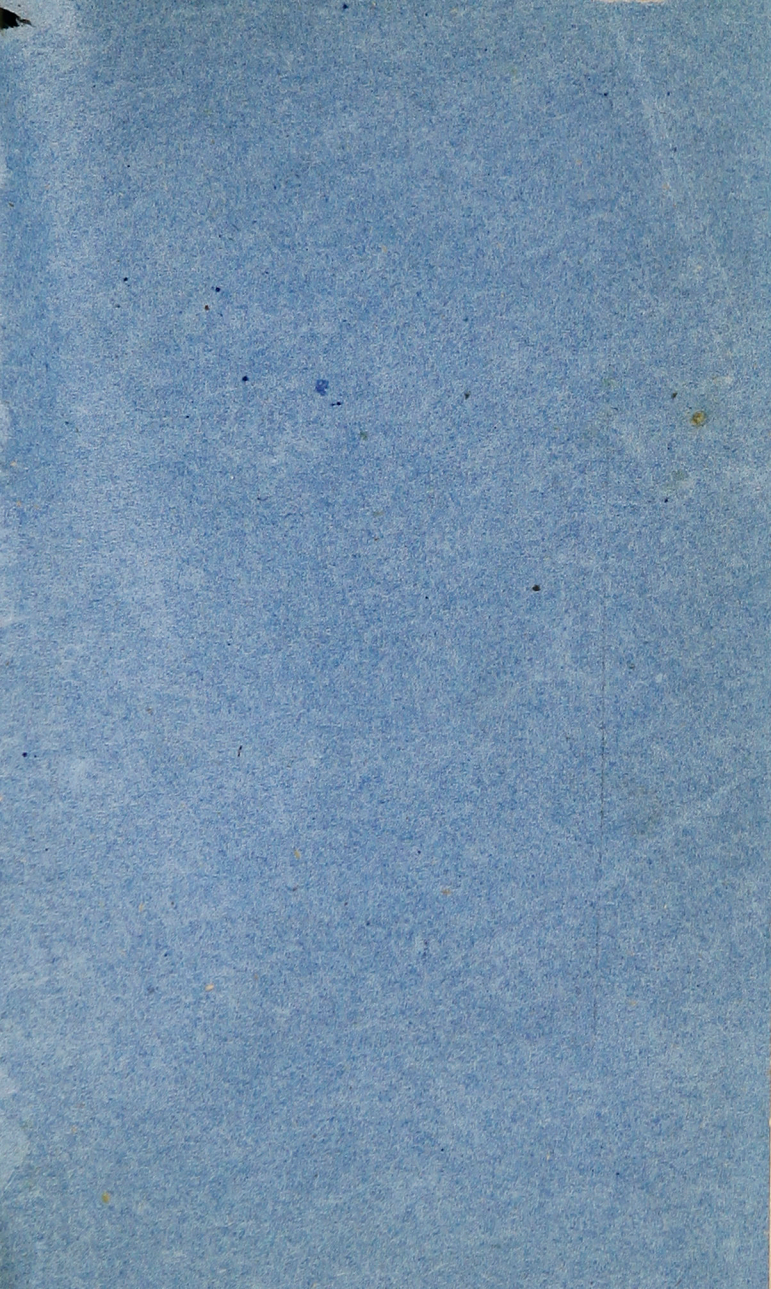
INDICE.

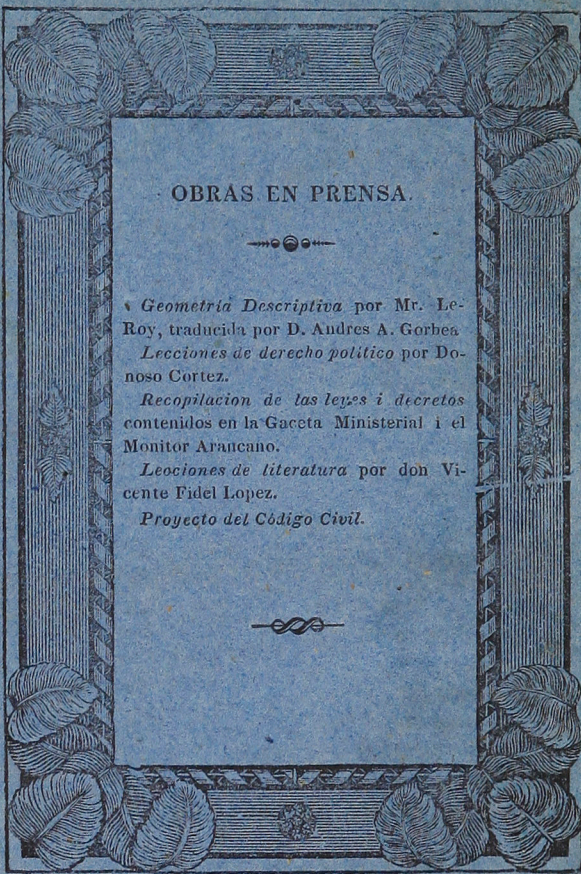
41	Ultima noche de Jesus.	120
42	Jesus delante del juez temporal . . .	123
43	Jesus crucificado.	127
44	Resurreccion de Jesus	130
45	Jesus se eleva al cielo.	133
46	Jesus envia a sus Apóstoles el Espí- ritu Santo.	135
47	Jesus vive en los suyos	137
48	Estévan el primer mártir	138
49	Conversion de San Pablo	140
50	La Santa Iglesia de Jesucristo . . .	142
	Conclusion	146



150	47	Ultima noche de Jesus
152	48	Jesus delante del juez temporal
157	49	Jesus crucificado
160	50	Resurreccion de Jesus
163	51	Jesus se eleva al cielo
185	52	Jesus envia a sus Apóstoles al Espíritu Santo
187	53	Jesus vive en los siglos
188	54	Estaban el primer martir
190	55	Conversion de San Pablo
191	56	La Santa Iglesia de Jerusalen
196		Conclusion







OBRAS EN PRENSA.

Geometría Descriptiva por Mr. Le-
Roy, traducida por D. Andres A. Gorbea
Lecciones de derecho politico por Do-
noso Cortez.

Recopilacion de las leyes i decretos
contenidos en la Gaceta Ministerial i el
Monitor Arancano.

Lecciones de literatura por don Vi-
cente Fidel Lopez.

Proyecto del Código Civil.

